

FRANCISCO AZUELA



SON LAS CIEN DE LA TARDE

Centro Cultural Internacional

EL CÓNDOR DE LOS ANDES – AGUILA AZTECA, A.C.

Cochabamba, Bolivia

Sudamérica

2002

FRANCISCO AZUELA

SON LAS CIEN DE LA TARDE

(CONSTELACIÓN BOREAL)

**Nueva versión de
El Maldicionero**

Ilustración de la portada
Genio antropomorfo alado
Lastra de mármol (detalle), Jorsabād, c. 710 a. J.C.

Primera Edición, 1996. Ediciones La Rana
Instituto de la Cultura del Estado de Guanajuato.

Todos los derechos reservados para todos los países
© Francisco Azuela
ISBN: 99905-0-209-9
DL: 4-1-1090-02

Segunda edición, 2002
Plural Editores
Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Teléfono 2411018/Fax 08115657, Casilla 5097, La Paz, Bolivia
Correo electrónico: plural@caoba.entelnet.bo

Impreso en Bolivia

Printed in Bolivia

El Maldicionero,
tiene dos descendientes:
El tren de fuego
y *La parole ardente,*
nacidos de su entraña
como la luz del navío
en la aurora.
Su nueva versión:
Son las cien de la tarde.

A mi madre,
la novelista Esperanza E. de Azuela,
con infinito amor.
A mi padre Ricardo Azuela Martín del Campo +

Primera parte

EL CONDOR DE LOS ANDES, VÍCTIMA DE SUEÑOS

I

EN LA SOMBRA DE LA VIDA, que es una sola, alta, profunda y misteriosa cae un eco de destinos imposibles. La humanidad anda sin aliento, cautiva, rompiendo sus silencios. Llega el viento, trae su rostro, su espejo, ánimo de flor en tierra.

El alba nace en la comisura de sus labios, caléndula del tiempo. Cuánto cuesta soltar la soledad a la orilla de la vida, la hierba crece hacia adentro y se hace verde el pensamiento, el ojo de la tarde indefinida.

Como una tempestad de ilusiones la herida cicatriza el instante de antiguos sufrimientos y un beso tierno de sus labios adelanta el sentimiento, los ojos se llenan nuevamente, cántaros de vida, de amor silencioso donde la oruga prepara su cosecha de sueños en la admiración del brillo de una pequeña estrella perdida en sus ojos nebulosos.

El párpado del pájaro guarda su último canto de desdichas en la madrugada que a nadie dice nada, caen rayos de ira, el viento

levanta su coraje de espigas y en la concha marina viajan sus pensamientos como el último aliento de sus deseos de ir muy lejos de la raíz profunda que encarnó sus primeras tierras de fértil contextura en la piel.

Enamorada el ave suicida sigue en el vuelo su inmensa soledad, el cristal del aire atraviesa sus ojos tristes, ojos de nieve.

II

EL ILLIMANI envía en el reflejo de su nieve, una vez más, su manto de amor a una ciudad perdida, el cóndor se conmueve en su propia ternura de siglos.

América dolida hasta los huesos de su arrepentimiento, hasta los huesos de su alma y de su tierna sangre indefensa y cálida.

Viene nuevamente el recorrido de todo lo pasado, la estirpe humana se conmueve y la orilla del espejo vuelve a desdibujar en el aire la imagen del cóndor que agoniza en el vuelo sublime que toca el ala de los ángeles.

¿De qué color es tu alma hombre-pájaro-cóndor?, ¿dónde quedó el último aliento de tu sombra?, ¿dónde quedó tu pasado?, ¿dónde

quedó tu América con sus puertas al sol, con sus guerreros de flechas en pedernal?.

La palabra héroe se inventó para nombrar tus vientos, no hay nada más que decir, te has ido de nuestros sueños, te has ido de la vida, sólo ha quedado tu sombra en el vuelo imaginario de la tarde, de esta tarde que tiene en su remordimiento una escritura que ya nadie sabe leer.

III

AYER FUE EL FUEGO, el agua y la lluvia. Tú te llevaste el viento, te llevaste en el aire la soledad entera para que nadie estuviera triste.

Cóndor de los Andes infinitos, de patrias compartidas, silencio de luz en tu plumaje de esperanzas.

Ágata de vuelos, la noche también crece en tu firmamento, ahí te haces infinito en tus espejos de oro. Cóndor-hombre, Cóndor-ángel.

Segunda parte

ANTOLOGÍA DE VIENTOS

I

EN LO MÁS APARTADO DEL DESIERTO, lugar de ceniza y piedra, un cementerio tenía una sola tumba y un esqueleto encima, extraña forma de enterrar a los muertos.

La flor era alta como el olvido, llueve polvo arenisco y no crece la hierba; el difunto: el más viejo canalla de los terratenientes del norte.

En las noches de invierno los coyotes expulsan sus sueños, las serpientes lamen las alambradas de la lápida, así todos estamos tranquilos.

II

LLENO DE SAUCES el tiempo echa su llanto y su asma; viejo y tullido echa su cárcel de árboles sobre el mundo, su tierra de metal y de hambre eléctrica.

El tren lleva el nombre de una estación que nadie sabe, la piel del cacto emana su sangre de muertos con una nueva especie de dolor.

El cementerio se enraíza y se pinta pálidos en la cara, el pozo dejó salir el agua; tumbas sin muertos y esqueletos sin hueso, tierra de asentamiento amplio, largo y hondo.

Ahora ya sabemos por qué todos los días alguien nos lleva algo de humano en la ya leyenda de las hondas lastimaduras.

III

ERA UN TREN DE FUEGO, extraño y legendario, medidor del frío, detenido en medio del sismo, en un invierno ya viejo, muy grande de tiempo, uno de esos inviernos cansados en donde todos los olores llevan el ritmo de una esencia desgastada.

Cómo llovía esa vez, el gran reconocedor se echó a dormir, castigador de hierba, cadáver recobrado en sus primeras aptitudes, manchador de agua.

La música de los caracoles era perpetua y el eco sinfonía de un cuerpo gemidor de almas.

La tierra se ha llenado de arrugas, el agua hará su revolución, visitadora de espacios.

El cántaro es un tiempo aglomerado de brujerías, suspendido del aire como un abofeteador; no hay vacío en el cántaro,

atrapador de todos los ruidos, el día que el nicho sea abandonado por sus rumores, ¿quién podrá resistir la manifestación de claves aún no descifradas?

La filosofía se científica con la nostalgia de otros dolores, vieja cárcel de hambre donde el olor de flores dejó el camino del espíritu.

Si el frío viniera a la intensidad del fuego y el tren siguiera el murmullo de las quejas, como un olor de solitarios, cuya única herencia en horas depende del motor y el carbón de lumbre.

Si fuera recogiendo todo lo roto y lo llorado, lo amargo lo infierno; si recogiera la viudez de la gente, la viudez de la tierra y del polvo, de la ceniza y el pájaro carpintero ya fallecido, entonces el silbido de fuego llegaría a las ciudades de nieve y el frío volvería a su antes.

IV

TREN DE FUEGO: pájaro de ala humana injertada de piel, asoleadora de agua y sal, nave rompedora de arcos donde la cicatriz es llamarada de frío.

Algún demonio ha llegado tarde, triste clepsidra.

El tren ensancha sus costillas y rueda sobre los dientes de hilo en hojas de pedernal, la ciega estación se paraliza de soles jóvenes, ángeles destronados en la guerra.

¿El demonio se dulcifica a veces?

Tirador de astros, de plantas y árboles, golpeador, trampero del viento, desvirgador, violador de espacios.

v

EL MAR ABRIÓ SUS CONCHAS, ahí donde el sol vomita sus espumas de rabia y una estrella copula su virginidad con luces de agua silenciosa.

Se hace la penetración en la casa desvestida de espejos, ventanas maternas de luz, gran difunto tendido sobre el suelo, así el blasfemo termina la ceremonia cargando el ataúd, cadáver largo y frío sobre la copa de los árboles; injertador de nuevas ramas en la casa, hueco de manga ancha, oculta electricidad de murciélagos, prisión de ojos.

El tejado manda su agua, los animales manchan sus alas con el color de piel que se hincha de aire.

Trotador caballo de cascos, los caracoles expulsan sus sueños y el gusano de seda se recogija en un castillo de fosas.

Inventor de mentiras, gran embustero, demonio trampero del viento, trepado en el pico de un pájaro de nieve encendida.

Quemador de alas de ángel, monumento desnudo de astros, rama y perro, mordedores de viejos molinos.

Se putrefactan rancios jinetes, cabalgaduras de hueso colorado; la mejilla recobra su río de sangre como un eco, fusil parador de disparos.

VI

ALGUIEN HA VENIDO a preguntar por sus ojos, del tiempo de sus ojos, algo ha pasado, su tránsito largo en una región de hambre.

Le dijeron: no despiertes al tigre, no es bueno despertarlo, qué iba a entender sus pecados de soledad, amigo de sombras, largos cuervos pestilentes.

VII

POMONA SE APARECIÓ con sus árboles rotos y fríos de vientos desechos en ruinas.

Comedor de raicillas blancas, de aves enfermas, locomotora manca y vieja pule los rieles.

Le dijo al ángel que dejaba la casa y ya anocheceía en sus dientes el recuerdo de otra estación, hierba transplantada en los intestinos con manchas de azufre y hormiga y grillos de arena.

Se llenaron los pies de cansancio y sal de música intoxicada, largas carreteras, angostas y curvas; con la vista vuelta hacia atrás, el tigre seguía en el cerebro, matador de carne.

VIII

A LOS POETAS QUE MURIERON cuando éramos niños, mutilados de lengua, del sonido y del aire. A los poetas revolucionarios, prisioneros, maestros de la voz y de la lluvia, antipájaros que un día se estrellaron en el vómito del agua.

IX

LA LUCHA ES EL ÚNICO CAMINO de nuestro tiempo, bajo mis pies hay una ciudad de pájaros subterráneos, la noche los ahoga en par, ¿cuánto cuesta jugar al sepulturero?

Aceptar de golpe sin medir la susceptibilidad del insecto, el tiempo cambió veinticuatro horas desde la última vez.

El cuervo endurece el espinazo en el asoleo, lo hace indiferente a la humillación, tantas veces repetida la circunferencia en el aire, ¿qué importa que el aire sea distinto?, buscador incansable de una línea.

El hipócrita oído se hace inofensivo, la tierra cae y se filtra con la delicadeza de su peso, la humedad de la hoja desprendida renace en el ojo, tierra y sal se identifican en un nuevo estilo de soledad.

El agua deja su sabor y el ciervo como un tren de papel se detiene en la sombra, nadie sabe que estuvo de visita, habló del contenido de una nueva sustancia que denunciará la debilidad de los sentidos, ha dicho que las cosas van a cambiar en el camino a Tlapalán, país grande y azul donde los hombres aprenderán el idioma del agua.

Dice que la cruel sustancia cambiará la electricidad con la deslucidez de su aspecto y otra órbita en segundo grado de desintegración perecerá en el diagrama de una superioridad descendente.

X

ALGUIEN VIENE CON SU CASA llena de canarios adiestrados por el indio, silueta silvestre empacada en una vieja construcción en la espalda; la lengua se neutraliza y a la arena le crece una uña de pasto.

Quetzalcóatl como un ser solitario riega las flores de su casa, así aumenta su prisión de edades a donde viene todos los días una ciudad distinta de alcaldes.

Los niños aprendieron la historia de Texcoco, Netzahualcóyotl ya no está solo, despacio conquistador del tiempo; el dolor se va con dignidad.

Cuando apenas era un niño de meses su espíritu se pegó a su piel, poeta de una sola vez que aún no termina.

Con los dedos guardados en la cintura de algún sin lugar siquiera, mundo de eternidades, piedra vieja, tallada con el color de un hasta-ahora imposible.

Qué fácil suceden estas cosas, perderse de vista con la sospecha de lo mismo de siempre, soledad inmensa que nos vive de sobra, ¿qué hacer, callarse el corazón como los pájaros enfermos cuando cambia el tiempo?

¿Para qué seguir masticando edades si el hombre de este siglo no tolera himnos?

XI

HABLAR DE LA DISCRETA SOLEDAD del tacto delante del espejo que ha perdido sus ojos de nieve, morir en el placer de la imagen donde el sapo copula a la margarita, meter las manos en los bolsillos del cuerpo y sacar alondras ahogadas en la última circuncisión de la sangre.

Cuando llega el momento de voltearle la cara al sol, el fuego toma otra forma en la estrella desprendida, nuevos orígenes aparecen en el tránsito de la sombra, la lluvia viene de agua en agua, se sepultan las dimensiones de la hoja, el cierzo denuncia su cólera como un espectáculo de dioses visibles,

la estación se repite y un soldado de arena se suicida en el agua.

Bosque inmerso de hojas blancas viene al mar y la espuma se resbala como un viejo juego infantil hacia la orilla.

XII

DICEN HABERLA VISTO en aquel puerto, sentada al final del muelle, en espera de un pequeño barco que apareciera después de haber andado preguntando la noche anterior al mar.

¿Cómo saber si la casa tiene el mismo aspecto a la luz del día?, pequeña porción filtrada en la rendija donde la mano se cicatriza de luz un instante en un mundo nuevo de seres que flotan, obra de arte mágico esperando el tacto del tiempo.

Vivir en el mismo lugar, abadía de habitantes lujuriosos y campanas asonantes.

Así, la segunda preocupación es en el transcurso de saberse epistolados con Cuatlicue y Tezcatlipoca.

XIII

EL POETA EN SU TRÁNSITO vino a suicidarse en dos ocasiones dentro del mismo espacio, apareció con el rostro más delgado de siempre, los anteojos luminosamente irritados de geografía; el volador volvió a sus antiguas creencias del aire, alguien dijo que eso no tenía importancia, quizá no tenga importancia venir de la muerte, caminante de sombras infantiles, descendiente de las flores y el maíz.

Todas las noches un ejército extraño alquimia la montaña, seres rotos de silencio silbado en la raíz, lugar en el que una vez el reloj se negó a seguir marcando la edad del tiempo.

Los hombres negaron el tamaño del polvo:
Cervantes.

XIV

CÓMO LE HA CRECIDO EL VIENTRE a la tierra, nacerá como un pacífico habitante del hambre en medio del maíz, con un trozo de hoja del tamaño de una cigarra.

Invierno de lluvia siempre, calles mojadas desde el primer momento de la llegada; las azoteas de la ciudad se han humedecido toda

la tarde, escasa lluvia incapaz de un río sustancial.

Un día se reunirán las mariposas del tiempo para morir en el patio reducido de la casa.

Congelado como un esclavo saca agua del pozo todos los días, en la misma intensidad en que aparece el frío se manifiesta la semilla infecunda.

XV

YA SE VA LA TARDE y otros días, se sustancia la hora y el caminado suelo nos espina; el viaje sigue en vilo, un día te caes del corazón del hombre y vas rodando quinientos años de silencio.

El gallo se traga la hora una vez más cuando todos esperan una palabra de aliento, pueblo ahorcado entre tarántulas vigías, dueñas del horno crematorio.

Se canta el capricho y se suplica entre el aullido lejano de los perros el nuevo alimento de los cancerosos.

XVI

EL ESPEJO EMPEZARÁ a devorar escritos que pululan en el estiércol, inutilizar la lengua con

las baterías del telégrafo, lo sucedido últimamente de movimiento fecundo.

Los días dan muchas vueltas, en la tercera no se sabe en dónde quedó el principio, la soledad hace contraste con todo menos con la soledad.

Los perros duermen en alguna sombra esperando comunicarse con aullidos largos y repetidos que pronto se pierden en el baldío de lo mismo.

A pesar de todo, los vencedores reconocerán la primera criatura, ella lava sus manos para aliviar la llaga, Centéotl es inconfundible; hasta estos bosques llegan hojas recién nacidas, es la naturaleza que se anuncia en un fruto invaluable.

La huella de la ausencia viene de todas partes, la pérdida que nunca sabrán considerar; dejar caer las plumas en el camino, huir y estacionarse llevan a la misma consecuencia: aún lo persiguen los demonios, extraviado de la primera a la última hora; ciudad llena de árboles donde pasa una noche como ésta en que lo echan.

Abrazarse de ese gran amigo, reunir algunos huesos y fabricarse un esqueleto de invierno.

XVII

EL APARATO ESTUVO DESCOMPUESTO el día y la mitad de la noche, yacía sobre resortes y muelles de sótano, se asfixió, los cabellos y la cara de grandes manchas, la mochila completa de cuadernos y libros abrochada con dos tirantes de hombros.

Lo mismo sucedió con el tiempo de la descompostura, hoy es jueves: se descorre una cortina de ojos desfigurados, así vivimos sin saber del regreso.

XVIII

UN DÍA SE LIBRA de nuevas apariciones, cuando empezaba a acostumbrarse, a la misma hora, por la ventana.

Sin mayores consideraciones deja el refugio, no le gritan, vuelve a él, puede tocarse de verdad, viene el indolor y piensa en una nueva cuenta, los que gozan con el falo del mundo resisten los golpes, se descubren embarazados con un feto muerto desde siempre; ante los hechos que no esperan, viene un ladrón y le roba la pastilla de hacer versos; cansado de ese

periodo frío, escepticismo inútil, ¿ante quién se queja si ya pasó la hora de las brujas?

Lo engaña otra vez la gran ciudad donde ruedan corazones de piedra velados por la Malinche.

XIX

TODOS LOS DÍAS DEL MUNDO la boca tendrá un nuevo oficio, Huitzilopochtli: camino de la última hora tu ejército marcha con la consigna de decir el nombre de las cosas.

Hablar desde un punto indefinido del día, donde todo es lo mismo, imposible, irremediable.

¿Con quién comentar el cambio si el asesinato ha sido inevitable?

Atrás hay un pacto que trasciende en el sonido de las voces.

Vivir aquí y encontrarse reconocido, justificar el silencio antiguo; ensayar a irse de un día hasta hoy sin saber cuándo la lluvia se hace; la vida es una canoa estacionada en sus continentes, se ha olvidado la fecha de nacimiento.

Los grillos se exiliaron al oráculo del cráter, la ceniza volverá a ser fantasma, el animal dejó la tumba de quinientos años, la carne vieja aparece una vez más, desdibujada en el granito de la grieta, así, el descuido es menos cierto, se encuentra de nuevo en el camino de ayer y se va como si fuera un extraño de primera vez, sin saber la diferencia de los que tiene que convocar la muerte, de aquellos donde la muerte vive.

XX

UN AYER QUE SE CREÍA SALVADO, la geografía de alguna diocesilla de papel, el hechizo no desaparece, esbelta figura, niña tierna de ojos donde el pájaro dejó de cantar sin olvidar el especial centímetro del águila.

La doble imposibilidad: trago largo y amargo sin saber de dónde vino.

La boca del desconocido escupe ceniza, desfigurado, los pies endurecidos en el agua como un monumento imputrescible, semiahogado de lluvia.

La calma más extensa del día, de un hasta-ahora en que se deja de maldecir el silencio.

Habrá que estar en el templo siempre, entonarse al universo convocando sus fuerzas naturales.

XXI

LAS MARIPOSAS POSAN INOCENTES ante el disfraz del ataúd, la sangre y la humedad huyen por las primeras alcantarillas, amanece con un rostro fingido de siempre; esa vieja costumbre de no querer saber nada del teclado, la casa abandonada; al pasto del jardín se le antoj  dejarse crecer la barba, por la ventana reto a un rostro oscuro, alguien dejó la llave abierta, esa obsesión de liberar el agua.

 C mo saber qué ha sucedido si esa puerta es un lugar más en el que no responden al llamado?

Todos hacen un ensayo diario: los dioses fallecieron de cansancio, la tumba expulsa sus rumores, olor desgastado en el tránsito de los olfatos, trenesillo de papel abandonado de vapores.

Seguir picando piedras de agua honda en espera de una voz al otro lado, la ruptura del instante, la diferencia de lo que fue y es al tiempo de saberse se tocan de mil formas.

XXII

QUETZALCÓATL: Cuando la voz sea transmitida textualmente, ¿quién se atreverá a perturbar la discreta soledad del sueño?

El mundo huele a cáncer, ciudad de ataúdes dispuestos, tierra fértil, fecunda.

Viajar en un plan de pensamiento positivo, esperar a que duerman los grillos y apresar la mariposa, los pies son de piel de cordero.

La barba crece y el camino se angosta, el purgatorio llega a su fin para tomar una nueva forma, los días se caen de la mano denunciando los falsos espejos, el tiempo se va como la otra mitad que no vuelve, todo y uno de igual forma, adivinarse el sueño, indispensable para salir, ¿no saber ir de parte de quién?

Venir de otra parte, olvidando viejos caminos innecesitados.

XXIII

CUANDO SE ES OTRO, humedecido en la exacta intensidad del fuego, se aprende a volar y a componer una nueva sílaba.

El humo hace circunferencias y el sueño toma una línea recta, los zapatos fuera del

cuerpo, un cigarrillo a la mitad, la pared vomita sus silencios en el sonido de los labios, dueños del grito y de la lágrima; el arte, la poesía.

El agua llega a los ojos, el pájaro viene a beber su canto, se despide la hoja con una nueva voz, así se termina el compromiso, el ciclo se cierra con otro cuerpo inimaginable por el tacto.

Los demonios forzaron el hospedaje, en cualquier parte será lo mismo, las gotas sin canto se suceden, lo que no pudo ser descifrado en el sueño: no están muertos todavía, han sentido la humedad de la muerte.

Quinientas soledades regresan a reencontrar la huella, saber por un instante que es cierto el principio, enorme cadáver embalsamado de siglos, guardador de las voces del mundo.

¿Qué hacer con los granos de arena si las manos se perdieron en la espuma?

XXIV

PARA DARLE SENTIDO A LA PALABRA, no es suficiente llorar, sentir, como los que han muerto, una costilla rota y un ojo guardado en el puño de la mano.

Pueblo manoseado por un país extraño.

Una vez más el ave negra gira su ojo para entregarse al viento. Soledad, espina de ángel en el agua, cementerio sin cadáveres, nombres perdidos, silencios de una voz que no perteneció a nadie, el polvo que dejaron caer en el camino los disparos de una fuerza traidora, un rostro y un gemido que la sombra olvidó en su destierro; conchas de un mar muerto, horizonte sin estrella, cuerpo de alguien solitario, picado por serpientes y gorriones de luto, expulsa sentimientos de una tragedia.

XXV

PIERNA IZQUIERDA, oye la oreja, toca el dedo pequeño de la mano donde la tierra se sostiene.

Siembra perdida en la promesa de una golondrina política, cañonazo una tarde de calor hediondo, cuando los cuervos empezaron a devorarse en busca de una nueva corriente y un lucero de rosas en el rostro.

Patria de tapias viejas, banderas de barro,
campanazos de himno decadente, sonido,
moneda de hierro.

Ángel redentor, enfermo, muerto, pisoteado
por gorilas sentimentales que llevan en el hocico
una paloma blanca.

XXVI

SIEMPRE HABRÁ ALGUIEN que diga: no es
tiempo todavía, este calor de fuego es cosa de
la tierra. Habrá alguien que tratará de
detener tus huellas, de guardar tu voz en una
caja de fósforos sin medir la intensidad de la
pólvora; te dirán que el gusano de fuego que
en quince días se llevó la mitad de la montaña
era sólo un gusano de seda en la imaginación,
con luces de bengala, inofensivas.

No es difícil demostrar la ausencia de dos mil
hombres que, un sábado de septiembre por la
tarde, eran presencia en la lucha.

XXVII

DIRÁN: Esa ceniza es cosa de otros rumbos
traída por el viento, el rostro lo quemó una
serpiente de otro planeta. Ciudades
bombardeadas.

Accidente extraño, esa noche un aullido más fuerte desgarró el vientre de la montaña en un eco de gemidos, los gallos ya no denunciarán su canto solos, combaten bajo el puente.

XXVIII

LA GENTE CONOCE LA HISTORIA, sabe de dónde llegaron las órdenes.

Son muchos los cuellos fracturados a manos de un ejército de canallas, explotadores de la patria.

La conciencia, piel de todos los días, arma de una sola línea, árbol mutilado, soledad amarilla en el hígado de todos.

Vendrá el estiramiento de la lengua de antes, canción en los tejados y una estrella más grande que la noche será centinela de la nueva palabra.

El hambre se hace hombre, los que se esmeran en abrirnos el hígado terminarán mal.

El hombre tiene urgencia de morirse, los héroes de la patria tomarán la palabra desde sus estatuas, y del fondo, envuelto en la sombra

del retorno, el poeta dirá: ha llegado el momento de volver a hablar de pie.

XXIX

TERRITORIO DEL HAMBRE en el oído, campos de insolación sin arena en las manos, viejo perdido en su montaña, ¿cuándo cruzó la golondrina de alas negras con su nido en los ojos?

Cambió de tiempo la memoria, revolucionario. ¿Quién recuerda tus hazañas, tu hambre?, perdido en el camino que una vez te llevó a la victoria que aprovecharon otros.

En este territorio prohibido naciste un día fusil en la noche, patria arrebatada de tus manos.

Consejero de la siembra, montes sombríos, secos; ríos sin corriente, sin estrella; tiempos ocultos en tus huesos. Entre los olvidados de este mundo, tus ojos, la golondrina ya no cruza tu tejado, tu siembra.

XXX

SIETE SOLES Y UN ESPEJO para tu olvido, rostro de ausencias en tu silencio. Cambió el alma, reflejo de ojos hinchados.

Campesino de América, amigo de tu caballo, de tu fuego, inocente hasta tu tumba de sueños. Te quitan tu país a trozos de engaño.

Campesino sin dueño, solo hasta la raíz de tu sombra, hambriento en tus riquezas naturales. ¿Quién conoce tus angustias de sequía oprimiéndote y llevándose la última esperanza?

¿Quién ha visto tus potros sin rastrojo y a tus mujeres abortando el fuego de tus deseos empobrecidos?

Campesino niño que juegas a la estación de febrero esperando que la muerte cumpla treinta días.

¿Quién ha visto tus pastos ahogarse en la lluvia y tus ojos prendidos en un sueño de inocencia?

Te queman el espíritu y la cosecha.

XXXI

CUANDO TODOS SE REÚNEN, siempre hay alguien que dice haber llegado desde la otra orilla de la tierra para darnos su palabra de luto, sus encomiendas.

¿Quién toma el mando de la hora y contradice lo allí expresado? La palabra se hace denuncia en una bala de cañón disparada una tarde en cualquier sitio. América suena en los oídos como un cántaro de barro donde las manos rotas se sostienen con el agua y la canción es contexto esencial. Los huesos de los caídos reciben una lluvia de soles, el filo del espejo corta una parte del cuerpo, la imagen se reincorpora, es reflejo de lo que se oye, el rostro atrapado en el fondo se queja. Ala de pájaro, tiempo donde la luz y el metal ayudan a vencer el espacio reducido.

XXXII

EL POTRO BLANCO en la montaña, en la pólvora, el que cada uno lleva dentro cabalgando. Tenía veinte años, la muerte se metió como una sombra, estrella roja y rota en su raíz de piedra. Cortaba racimos de pájaros para ofrecerlos a los dioses y a una mujer de pelo blanco que lo hizo criatura.

Veinte años de muerte recordando palabras de sangre, la pupila recogió imágenes de fuego, descarrilamiento de trenes viejos, cambios de vía extraños. Ferrocarrilero: ¿tenías urgencia de morirte? Se fue a la tumba como un hombre más, ni dios ni rey.

XXXIII

EN LA VOZ EL DOLOR penetra donde el hombre es desnudo de vida, la pupila donde las praderas son verdes y las montañas agresivas; donde se entrega el elemento y a quienes las alas del buitre les resultan propicias. Tierra donde la herida se hace cuando los cementerios aborrecen flores nuevas y el filo de un fusil quema los ojos en la ausencia.

XXXIV

POETA DE LA MUERTE, de la búsqueda de una nueva especie de vida. Poeta niño: ya se acercan, son auras, negras todas, zopilotes en busca de una carnada. ¿Qué ha pasado contigo, eran tus ojos a la orilla de la meditación?, agua tibia tocando la punta de tus pies heridos, la sombra creció como un abismo sembrado de soledades, huerto de cementerio. Las auras hacen aureola sobre tus huesos fríos y secos, cisne tatuado en el muslo, costilla rota, zumbido de zopilotes saqueándote la vida de las uñas; hojas de nardo y eucalipto, ojos recién abiertos a la claridad, flores blancas, canción que pasó con el viento.

Poeta niño, sálvate de las auras, negras todas, con pico de zopilotes enfermos. Lanza desde tu ciudad tumba dardos de fuego, una

pequeña presa a nadie alimenta, sombra de nadie te cierra los ojos, te abren el hígado con una sonrisa.

XXXV

MUERTOS BAJO TIERRA, guardados en vitrinas, en el fondo del mar suspendidos. Muertos de barranco, pozo de malacate; muertos de obligación, los que murieron para quedar bien, los que fueron asesinados por afición, los muertos del vacío, los que tenían que morir, los que era urgente que murieran, los que hicieron honor al teatro, los que murieron peleando el último trozo.

Los muertos de hambre, de ira, de rencor, de odio acumulado, de debilidad mental, de vértigo. Los que murieron porque no tenían otra cosa que hacer, los enamorados de la muerte, los que fueron al duelo por honor con un flujo de orina en las pistolas.

Los que murieron por una idea, por mirar a alguien, por un poco de alpiste; los que murieron por traición, de muerte abúlica; los que se violaron a sí mismos, los que prometieron encontrarse sin la ayuda de nadie, los que pasean a las doce de la noche en los parques; los que están sentados en un sillón oficial, y ese

hilo tierno que se vuelve cadena, grito en el fondo de un pozo donde un niño se queja cuando bajó a sacar agua y perdió la cuerda del retorno.

Espejo sin luz, sombra, dios del tamaño del diablo; diálogo de gemidos, se pierde la ternura, la boca se llena de pena, es el abandono de todo en la nada, silencio, destino sin salida. La cadena se detiene en el fondo, nadie te escucha, nadie te da la mano ni te dice: niño, ¿por qué lloras tanto?

¿Quién te hace una promesa desde el fondo de este pozo sin salida?, algo que te ayude a comprender el rostro de las cosas, la sombra en la que te encuentras cuando se cree que el tiempo se repite como una necesidad de cualquier parte en la vida de un algo de siempre.

Se piensa que la verdad tiene una sola cara, se va haciendo menos grande hasta que no cabe en la rosa y todo se decide en contra de lo que una vez creímos.

¿Quién puede hacer sus movimientos incorporándose de la nada?, punto donde el arco iris se sostiene, amarillo de plumas recortadas en los ojos, tatuaje en la piel.

XXXVI

PUEDES PASAR POR ALLÍ, tocar la puerta con tu mano, un lugar que aún no era nuestro cuando la alfombra se abrió en tu horizonte y tu cuerpo se metió en el mío con toda la fiebre del mundo. Quise entregarte una llave de soles y guardar el canto de tu piel en mi oído, pájaro de trigo en tu sueño.

La edad de tu pupila partió de una nostalgia dolorosamente perdida, te encontré en el fondo de una montaña y abandonaste el hueco de tus sombras cuando el camino de lo herido encendió sus polvos olvidados en tu mejilla.

Viviremos juntos la humedad de la tierra, el huerto no se secará a destiempo, ya nunca te sentirás mal en todo el sentido de la tarde, la vida es una rueda de fuego y tú te encuentras dentro de ella.

XXXVII

NO ES EL REFUGIO UNA PALABRA de orden cronológico, ni el aliento de una mariposa el cansancio de nadie, el recuerdo encarcelado te persigue, la campana sonó una vez en tus oídos, lo que es olvido para otros es espacio de luz en tu alma.

Tarde en que te vieron árbol, murmullo de ciudades, voces de sangre y de lamento.

El poeta que un día te descubrió en la lucha de ser libre, con él encontraste la llave de tu celda y un pájaro en sus ojos que ofrecerte.

XXXVIII

RECOGER LA MUERTE por la tarde en una esquina de casa rica, el hombre se moría. Ponerse ese sombrero negro, la cobija; en el cuerpo esa calentura y su traje viejísimo. Ponerse en la cara un poco de humanidad, el hombre estaba muriendo, nadie lo sentía.

Aún de pie, con toda su sangre y al regreso, su rostro pegado a la tierra, ¿qué aspecto tiene la muerte neumónica?

Hay que ponerse la calle en las manos para saber cómo pasa la fiebre. Encontraste una muerte, hablaste con ella, el hombre ya no seguirá cargando solo su sombra.

XXXIX

UN ACCIDENTE DONDE NO MURIÓ nadie, una madre nunca tiene culpa, la niña se quedó esperando una mano protectora, la suerte recobró en la paloma sus alas, órbita en sus ojos,

mediodía amargo en las prisas de buscar una salida casi imposible. El trauma se cura con una flor del campo, pero el miedo no lo cura nadie.

XL

EL PUEBLO DONDE EL ÁGUILA no existe. No es una jaula exactamente, se parece a una prisión, extraño balcón a la ciudad, entre los árboles, y una larga cadena en la subida. Hay que subir muy alto para saber cómo la vida se encuentra prisionera en una casita de paja.

Ojos de un color que no pueden adivinarse, el día canta el sentir de la cárcel. *Uno* llega a la plaza del pueblo, se enlanta en cualquier parte, el ojo izquierdo toca la imagen, allá arriba está la patria inmóvil como un grabado en la frente de las estrellas.

¿Quién ha hecho esa cárcel tan grande?, ese mirar en vano se lleva la tarde, la claridad del aleteo se oye, quiere ser libre y no puede.

XLI

RECOGER TROZOS DE CIUDAD, el niño se arrastra cerca de un monumento conocido, un caballo y un jinete que no extiende su mano a

nadie; dolor de seres bajo el puente. En el filo de sus pies caminan dos puñales contra ti.

XLII

VOLVER A LO MISMO, el río metiéndose a las casas, el hombre partiéndose la vida en el encuentro de las edades. La causa espera tus huesos en este círculo de dudas donde la incertidumbre te asesina catorce veces por segundo. El árbol que llevas en la mitad del cuerpo, en el fondo de tus pensamientos, en tus tres alas de silencio.

XLIII

PUÑALADA EN EL TIEMPO, cosas que se van enredando y terminan en traición.

Tenía el rostro de niño, no había acabado de crecer. Un día le dijeron: esto es tuyo, el hilo y la flor blanca que llevas en los ojos.

Cuando llegó el instante de la espada, se dio cuenta de que estaba atravesado sin remedio.

La vida toma formas extrañas, es demonio en la noche, te arrastra, se lleva la flor de los ojos y deja la tumba a los sueños. Un puñado de piedras, de vacío, ilusión que ya no pesa.

Tiempos de toda la desvida, habilidad del puñal en la sombra, grito que viene de uno mismo, el silencio no alcanza a responder, todo termina, muere el pájaro en la puñalada del viento, ala ancha, suspiro en el espejo rompiéndose en traiciones. Nadie ofrece su mano. Se ha ido, el recuerdo vive sin luz, sin mar.

XLIV

CAMINABA POR LA CALLE DESIERTA, esbelta sombra humana; el silencio roto en el ladrido de un perro abrió dos caminos al paso, país donde viven doscientos mil canallas. De un guiño allí estaba el detalle, mensajero de plantas abiertas en las viejas heridas que un día lo hicieron viajar más despacio.

Ojos claros como puñales, filo de barba pálida, terrible; herida, ala, oído.

XLV

CIUDAD SIN HABITANTES, pueblo abandonado por los dioses, cuerpo suspendido en la cuerda, al otro lado de la ventana, entre luces, como un vuelo de alondras detenidas en el al aire.

No hay nadie, no te conocen, eres la nota del quejido, siete silencios en el oído de un sordo.

Esquizofrenia de urracas, cadena de alcohólicos secuestrando el idioma; pronunciar un nombre, volver a respirar como un ser vivo, sentirse cierto, superar esto que nuca avanza. Cruzar la tumba de un indigno devorada por piedras de su pueblo, un río pasa sin ofender a nadie.

Es el reencuentro, si un destino nos une, un tiempo no nos separa, ni el canto de un pájaro negro en el tejado de la casa.

XLVI

LOS VIENTOS TOMARON EL CAMINO y hace tiempo nadie los ha visto. Cuando se acaba la sustancia, el mar humanamente se desgasta; somos una playa en desperdicio, la sangre emana, lucha de escombros y ceniza; de la fuerza de la espiga brota el cambio, de los mundos viene la palabra, el cuerpo, el grito de la espera.

Somos un mar cansado de abortar, las aguas se destrozan al encuentro de la ola, enajenada ola parte las guardias infantiles de la roca.

Exterminar los gusanos ocultos para saber el verdadero encuentro de la grieta; ya no nacen hormigas en la tierra, ni pasos descalzos, hay un solo extremo con una sola imagen y el ruido se prolonga para encontrar la calma.

XLVII

LA FLOR HARÁ SU CANTO, se abrirá el secreto de la palabra lejos de todas partes, nostalgia de mares.

París, ciudad donde las tardes no mueren de falsos horizontes, ir más allá de lo mismo; Londres, ahí donde se quebranta el camino, escondido océano en el que una vez nacieron nuevos infinitos.

El Mediterráneo sigue su lucha con la edad del tiempo, Grecia y el silencio que hiere los espíritus.

Américalatina, continente donde se preparan otras fuerzas para la revolución. Todos estos espacios habitados por la distancia de sufrir en el aire como cien fuegos de todo.

XLVIII

AQUÍ SE CONSTRUYE UN COSMOS con millones de astros apagados, ciudades donde el insomnio ha perdido toda su importancia.

¿Cuántos niños nacen todas las mañanas y mueren en la ceniza del último volcán?

Hundidos es una palabra de rutina, el cóndor lleva el pico lleno de cadáveres tiernos, aparece un familiar olvidado que viene de muy lejos y no queda nadie.

XLIX

SI LA MÁSCARA DEJARA EL LUTO para hacerse palabra adentro, el hombre sería libre. Las mordidas del mal caminan despacio, invisibles. Ya no queda otra carta de llaves, la ciudad se olvida con el cansancio, de las tres a las cuatro el mismo pájaro de todas las noches.

A veces se olvida que el mundo tiene siete días y que el hombre se llama de cualquier modo. Es peligroso dividirse en dos partes, esa costumbre extraña de humedecer la tierra.

L

ALGUIEN AQUÍ SE DEDICA a llorar por los muertos del mundo, la atmósfera se carga de seres raros que abren la boca, otra luz alcanza

la puerta, con una sola mano los ojos se levantan, la lengua ocupa otro lugar, más historia, se reaniman los partidos, esqueletos con una sombra bien grande, una sombra prestada para el horizonte; ánimo hermanos, cincuenta años más de antesala no es mucho tiempo.

LI

CUANDO VUELVE EL HABITANTE a recoger la uva, se oye la estación que no tiene nombre distinto al canto de la nueva semilla; cuando pierde su palidez la transición del tiempo, los colores se dilatan en la combinación de su propio paisaje; cuando ya no hay pájaros que dibujen el silencio, ni tardes aglomeradas y caminos perdidos; cuando no hay rincones cortados a media luz en donde el misterio toma formas indefinidas y espinas paralizadas en el movimiento de la lengua, las pupilas redescubren la humedad de las piedras y viene otra vez el encuentro de las voces perdidas.

Las lunas se reconstruyen y el reloj recupera la edad del tiempo, el cuadro toma las imágenes fraccionadas por el delirio; vuelve la forma y el rostro aparece, ahí está el canto de otros enigmas que debemos destruir, los segundos son nuestros, atrapar el sueño,

comprender la palabra, la estructura y el ritmo, el fondo que no tiene distancias.

LII

LAGUNA DEL SENA, débil, donde mueren los dioses de silencio. El otoño ha desvestido eucaliptos, nadie recuerda la estación pasada, el mar ha renovado su espuma, el horizonte engaña la forma, la nieve cubre cadáveres, la cascada permanece templada, no hay lágrimas tendidas en el río, constancia de la aurora.

El hombre se está haciendo, los dioses duermen y los cantos se rompen en pequeños trozos de hierba, el vagón va sin destino, en el próximo invierno disminuirá su marcha, periodo de dolor; cuando empiece la repetición, ¿quién lo conducirá?

LIII

ESTA NOCHE SE HAN ABASTECIDO otros camposantos, se han abierto nuevas puertas y otros ruidos de cadenas distintas son responsabilidad de otro itinerario, otra laguna, otro canto en la rota alcancía donde se pierden los dioses, en donde empieza el hombre, en ese círculo inacabado.

LIV

ES OTRA LA MStoRu que debe escribirse, el arte pennanecerá, el hombre está lejos -miseria y humildad son diferentes-, será mejor trasladarse a otro lugar, aquí la oscuridad es la misma, las denuncias se abortan, debemos empezar por el espejo, muchos renunciarán, el odio es demasiado poco, el hombre necesita dar la vuelta y hablar, fuera mitos, la lágrima dejó de ser leyenda, quiero ver a flote lenguas submarinas en el primer acto, es el momento de mover el fondo, la voz no ha renunciado a la tarea, la casa es lejos en donde no se toca la endurecida espalda de mil años.

El canto no se entrega a la boca, palabra de muerte; la aurora no está lejos para cantar funerales, la sombra es enemiga del arte, la gota se ha embarazado para damos tinta, el camino no es de espinas imaginarias, el hombre es canto o silencio, no somos distintos, la rama no pertenece al bosque, hay alas que vienen a reclamar la hora.

LV

DAR LA VUELTA Y ENCONTRARSE con la palabra que conduce a través del puente, juntar la lengua, el cabello y en un pequeño círculo de huesos rodar hasta volverse sombra.

La idea no está sola, vendrá y cambiará la línea. Cansa la corriente, mundo de imágenes y espinas, soles de recorrido eterno, necesidad de movimiento.

La hoja tiene rostro y habla, los poetas no son otro mundo, esclavitud de formas distintas, árbol de imagen muerta, enajenada pupila de agua distante.

Si no fuera árbol, ¿a dónde irían los pájaros?

LVI

UN PUEBLO DONDE SE HA DEJADO de creer en la palabra, la garganta vuelve a saber de cuerdas; creo en la existencia de los ángeles, no creo en la pureza del hombre, estoy hecho de lodo y de cristal, imagen recóndita de lo último, la emboscada de la hora, el dardo que tocó la cabeza, dibujo de oscuridad.

No hay lugar para el silencio, no hay orilla, no hay árbol, no hay cementerio de agua, las gotas nacen, nace el hombre.

Embalsamar la palabra que será liberada en la tormenta, no son cadáveres, la carne ha olvidado los huesos, pero la voz atenderá la última llamada.

La ocasión no tuvo nombre, el camino flemático, saber las piedras de la visita, los pies cantan la oda del cansancio, la sombra huye del espejo maldiciendo la trampa; alguien selecciona las horas, con la facilidad de la estrategia se denuncia el instante.

Hoy es el gran día, los dientes se hacen la guerra para decir adiós y la mano se oculta en la palabra que se dice sin lágrimas.

Poeta, descubro tu cuerpo de espinas, el grito de la tempestad. No hay visitas.

LVII

DE PIE NO ES POSIBLE volver ayer, hoy se reúnen los siglos de una sola vez, se borra el vientre del pájaro en el aire como si no fuera a nacer otra ola de fuego; de mano a mano vienen las palabras como gotas de una misma voz sin saber que se vuelve.

Estar y ser no es al mismo tiempo que regresarse.

Amor es el último siglo donde nacen los labios - el mediodía se avisa en un nuevo ciclo, empezar convertidos en un punto de todos

lados en donde las líneas formen el cuerpo de un peso no imaginable.

Se acaban los días en el día de antes para mojar los labios en el volcán que nace. Si la boca no empieza del fondo, no se vuelve, se quiebra la retina, la palabra, el pecho desaparece en cualquier forma y no se vuelve.

LVIII

LAS PLANTAS DUERMEN sobre el tacto, alguien viene a morirse todos los días, innumerables ataúdes de lluvia se recogen todas las mañanas y no hay otro espacio para desangrarse.

La calle quince no es en esta ciudad de legómanos -ese pueblo blanco y oscuro-, en donde difícilmente respira el más viejo canalla de la historia.

Empezaron a morir de otra forma: sellar los labios, negocio en el que participan multitudes, extraña especie en busca de explicaciones vanas -lamentable apuro de sentirse perdido-, aún no es tarde de volver a intentar, se conoce el punto donde deben mojarse las camisas y abrir la boca del puente con un paso.

Los oídos pegados a la pared esperan como ratas olfateando la humedad -esta vez caerán dos otoños juntos-, como árboles de mito, no habrá más alas rotas en la arena, la revolución viene.

LIX

LA OSCURIDAD NO TIENE ESPEJOS para entender la sombra que se extiende, otra esperanza ha muerto en el convenio de la palma cicatrizada.

Cuando se pierden las fuerzas materiales se está de frente al convencimiento de la existencia (fragua modeladora del carácter).

Todos tenemos una vez, sin comprender, la inmensa soledad del fondo: esperar la integración del grito destruido que se dejó caer sobre la línea del espejo.

Los perros están con el olfato de esta noche desmayada de formas, las luces recogen imágenes, el árbol caído. El hombre, la confusión de las edades.

¿Quién volverá a verse ante el espejo si los pájaros apagaron la geografía del camino?

Sólo hay un espacio exacto para otra aparición fuera de tiempo.

En cuatrocientos días no se nace de nuevo, lo que ayer se perdió era parte de todos, el lobo devoró la mano de la razón; hace veinte años la lluvia cae en las rodillas de nadie, es el momento de correr otro riesgo, la única creatura humana es el arte; antes de la primera pólvora vino el cansancio de otro mundo, las gentes perdieron el contacto del lugar y no estuvo nadie libre.

Se buscó la ceniza, pueblos de hambre no se levantan todavía, la saliva perdió el efecto en los cuellos -manos de bronce huecas-, herencia inaudita.

Para los que quieren acabarse la verdad, hay manos llenas de espacio para lo innegable.

LX

EL SIGLO SE ACABA cuando la lucha empieza, hoy o mañana, cuando se haya venido encima el sueño, bajará de las paredes, después de mediodía todo habrá pasado.

Nadie vendrá de nuevo a preguntar si aún estamos vivos, los puños encontrarán su fosa en el golpe, las víctimas esperan el primer grito, vendrá la última catarsis en desplomo: todo habrá terminado.

Las montañas dormirán en cada sombra construida para el retiro, nadie podrá decir que no ha muerto, abierto en ninguna parte, reflejado en todo sin imagen; el cuadro no es perfecto, verdugos entregados al lucro; la cueva responde, el carnicero acaba, sólo una parte del grito se desprende en la lucha.

LXI

Los OJOS NO RECONOCEN el otro lado, la ventana no tiene espejos, la silla es el único descanso; no quiso hablar con el eco de nadie, gritar el nombre que no encuentra, cuando extiende los brazos alcanzará sus huesos para tirarse al río.

Aquí seguirán los astros, encontrar la respuesta en el universo y volver sin colores en el cuerpo para saber cómo se pasa.

LXII

TODOS BUSCAMOS LA GRAN AVENIDA donde se pierden y nacen los conflictos. Ahí, de pared a pared, bajo las estaciones en espera, donde se muerden las temperaturas para sentir el cambio, en la gran avenida de habitantes sonámbulos, la calle está llena de cadáveres.

LXIII

¿QUIÉN DA LA ÚLTIMA FOWA a su cuerpo?, dejar un molde inútil con heridas abiertas, heredar un cuerpo sin cabello, sin dejar caminar los párpados un poco, convocando los labios sin alterar el grito.

No es fácil decir adiós a todo el mundo, habrá muchos que no quieran creer; regresar un día el cuerpo de huesos, sin darse cuenta del mal de ese pájaro, extraño patrimonio del cáncer.

Despertar cubierto de hormigas negras, en estos días no se aceptan heridas, el mundo se ha acostumbrado a dejar pasar las cicatrices en las aduanas.

No es posible revisar las masacres, con el cuello desaparecido y los dedos entregados al vapor. Lo que fue no se sabrá hasta que cambien las

hormigas de lugar o venga algún muerto y se disculpe.

Esa costumbre de quedarse, la hora del sereno, minero de la noche disfrazado de media madrugada, impresión de un ser extraño, alguien que pasa por aquí sin tener nada que ver con todo esto.

La rutina, los petardos colocados a las cinco y treinta de la mañana cuando empieza la primera explosión.

Hay una imagen de hombre-ceniza, busca en el pozo la mitad del combustible, ¿de quién es el mundo si todas las noches sólo le toca la mitad del agua?

Un trabajador mostró su espalda en la plaza, los transeúntes ante el ruido de las sirenas desaparecieron.

La última vez había más niños, en pocos días hubo en la calle demasiados muertos, de a dos y tres en una sábana.

Se fue con rostros niños que en su segunda estancia no vio jugar, ninguna mujer, el mercado lleno de ancianos haciendo sus compras de legumbres secas; las casas solas y las

bancas del jardín completas de niños quietos; ni pájaras, ni árboles, una bóveda negra de cansancio.

Somos el resto de una ciudad perdida en el enorme patio de árboles deshechos. ¿Quién es el próximo habitante que se entregará a la fogata de camisas almidonadas por el aire?

Cuando sólo pasa la mitad del cuerpo, es irreconciliable la ceremonia. Somos esa última cansada parte deforme en la que la lucha debe renovarse; las uñas son valiosas, es necesario quemarse las manos, los demonios no han muerto, los moldes se llenaron de ceniza, el tiempo nos espera, alguien debe decirnos lo que pasa.

Los astros llenos de insomnio se regresan. ¿Qué otro espejo vendrá a darnos una imagen distinta de hombres entrecortados por el otro cuerpo?

La idea se perderá como semilla árida, los pechos mutilados no serán flor de luto. Reconquistar una humedad ficticia, abrir el cuello para encontrar la sangre que no existe, la gaviota se cansará del vuelo y nadie sabrá si hay sombras en el aire.

Sin saber caminar nos daremos el paso, las bocas desbordarán la saliva, los dientes tocarán lo plano: es el momento de habitar la palabra, sólo la voz cargada de energía recorrerá la calle para lanzar el grito fuera de la ciudad, en donde no se escuchen las campanas de papel con sonido simulado en la tibieza del vacío.

No servirá de nada encomendarse, se ha acabado la audiencia del oído, once puntos negros hacen cautivo el dedo, la hora se traiciona, los moldes tienen el mismo espacio.

LXIV

NADIE SABE EL MOTIVO, sus ojos verdes, grandes, joven y niña con sus senos apenas esbozados. Esta noche no debe dar la vuelta, revisar de nuevo ese momento quieto de sus manos, el mundo interior no pertenece a nadie. La pintura dejará rojas las estatuas, hay una transparencia en el espacio, todo se ve y se oye, es la recuperación de lo que siempre se sintió perdido sin tenerlo.

LXV

NADIE VENDRÁ A DECIR que ha muerto sin saber que existía lo que esperaba en este canto hondo, sofocado, que muchas veces salió a

suicidarse rompiendo el contacto de las hojas para embalsamarse en la humedad de la hierba.

Nadie vendrá a decir que ha muerto dos veces, las alas son muy grandes para quedarse quietas, la vida seguirá la secuencia de la sangre. Cementerio por el que las noches hacen su recorrido, hay muchos ojos encima y no puede reconocer a nadie.

No hay sol en las bocas hambrientas del perro, los caminos de arena pegados al agua nos llevan el paso, seguimos el hielo, el pie se hincha y explota y la piedra en su sueño eterno se desgasta.

Parte sin decir por qué no se ha quedado como todos los días reflexionando un poco. No hace falta decir otra palabra, de cara a la pared las uñas hacen su entrega al muro, el siglo se acaba y aún está muy lejos de la casa; va sembrando su cuerpo en el vacío aunque al final nadie lo espere.

Es el otro espacio que no encuentra, la caída de agua sin altura, mito sin voz de un camino sin tierra.

Es el que no sabe de silencios en este recorrido de sí mismo, el cansancio y la germinación de lo que acaba para empezar de nuevo. Es el que viene para irse, hay un lugar que no alcanza, todo lo tiene fuera, sin dejar sombra la luz se va quitando antes de tiempo.

LXVI

EN ESTE POEMA DE MUERTOS se murió tu padre, se murieron tu abuelo, tu siembra y se acabó la tarde en una mirada.

Se murió el amor de tus antiguos, se murieron tus pájaros y se cayó la estrella de tu frente como un puñado de rosas enfermas.

Se te murió la vida, por segunda vez se te murió la patria y tú te quedaste mirando como un arco iris sin color.

Se quemaron tus árboles, cordilleras de pinos, de ilusiones, se partió la sangre en dos ríos y un esqueleto de sombras en tus ojos de nieve.

Los aullidos silenciaban la noche, lamían las sombras con pavor en el vientre deshecho.

Eco de montañas, sonido de alondras,
movimiento de gemidos a cuatro mil kilómetros
de vida.

Fango, pesadumbre, locos desviando el
instante. En el fondo, sin espejos, nadie te
espera, si acaso una mandrágora chupa sangre,
polvo, trozos de tierra que la muerte entrega.

LXVII

NO SE PUEDE HABLAR DEL VIENTO,
enemigos de sangre. Mineral, quejido, la patria
madre envuelta en promesas por los
sacerdotisos del espacio.

Ahuyentar con rosas a los diablos, inventar aves
que lleven en sus alas un destino. Sentir más
cerca ese olor submarino, baúl de mares en el
que confiaste tus secretos.

Primeros años en los que te atravesó el ansia de
morir bajo abetos y juncos.

Un nogal recuperó tu aliento, otra dimensión,
nardo que perdió sus aromas, fusil sin descargar
su fuego, voz robándote la vida, volcán en tu
camino de patrias.

La madrelágrima se compartió recordando instantes de vida, espacios que murieron tus padres cuando vieron tus huesos, un grito del tamaño del vientre que no se acostumbraba a las ausencias.

Te hicieron pequeño como los árboles hasta que ya no te alcanzaron las hojas.

LXVIII

GUACEIUQUE, silencio apenas olfateado, tierra húmeda, caída de picos buitrones.

¿Dónde quedó la memoria del tigre si el colmillo de la noche no responde?

La espiga, río que muere de espaldas llevándose la vida. El; mar está vacío, cuatro piedras en las manos y un fusil agonizando.

Un alto en el camino, revisar los rostros, infancias, caminos de ferrocarril, niño de los eucaliptos, espacios de luz.

Vivir tiempos de ciego, el siglo ha roto tímpanos, las cigüeñas se han muerto, ruiseñores y grullas agoreras también se han muerto. En estos tiempos cargados de misterio

sólo pasan los espectros. Un sueño arrancó la esperanza, resucitó recuerdos.

LXIX

ÁNGEL COMO DEMONIO, la serpiente recoge semilla infecunda en cada parte de -sus hojas desprendidas.

1 Recostado sobre ceniza, bajo el puente de madera, casa blanca con jardín en los ojos.

Cuando todo termine, ¿a dónde la mirada si el tigre es una víctima?, ¿quién regresará la estación?, ¿volverá este tiempo el significado?

Soñadores de trigo, atardecer metiéndose en los ojos, sombras de un siglo que agoniza, corazones destrozados.

Los brujos dejaron de cazar cisnes en la copa de almendros y limoneros. El espejo atraviesa imágenes dispersas, reencuentro en la raíz del verbo asesinado.

LXX

LA SED AHOGA LAS RAÍCES y alguien piensa todavía en un trozo de planta, el murmullo

estertor de una cigarra crepita en las fauces de las hormigas.

Se reincorpora, lanza un grito, caen las últimas piedras de la tarde.

Los hijos duermen en el ojo del universo creciendo como el trigo.

Arrebatado por la mandrágora acepta el suplicio, miles de rostros carcomidos por el tiempo, secos por una lluvia ausente de la que sólo guarda una humedad pasada.

Avizora la suerte el vuelo de un puñado de estrellas, en el bolsillo izquierdo imagina que la muerte te ha perdonado. Inocencia del mundo, rompe un par de ideas, brota el misterio, sacude la sangre hasta la otra luz apenas astral.

Sin conocer el verdadero aspecto vuelves a entregarte y una vez más te roban la pureza, la patria que llevan en el pico los gorriones.

Viene el hambre con huellas horribles y roba el sueño de los niños. Catorce antenas perciben el dolor oculto, disfrazado de lágrima, nido de la inocencia. Conmovido por los quejidos, dónde sino el centro del corazón rompe la falsa alarma y ese después no saber nada.

Prisionera, pequeña vida en los ojos alimenta
rencores, un dardo envenenado rompe el
silencio.

¿Cuándo tendrá una espalda donde el sol
alimente su ritmo? ¿Quién es el inmerso en esa
mina de diamantes? En sus ojos el lucero de la
tarde, la cruz del sur, constelación de maestros
lo acompañan.

¿Quién recuerda el silbido de las locomotoras
cargadas de tristeza, envejeciendo?

Rieles en los hombros de los deambulantes,
durmientes esperando la punta de los clavos;
yuntas unguidas a la tierra donde la escarda y el
grano son una esperanza.

LXXI

HACIENDA MISTEIUOSA donde el manco
vigilante rodó más de una vez cuando
emborrachaba a su caballo y los perros
mordían una pata de palo a la sombra de los
muertos.

Una llanta en el patio columpia a Tenoch,
árboles que sostienen la cuerda del pasado.

¿Cómo respirar y vivir en este desahuciado fin de siglo? Música en plenitud de edades; confesarse todos los días ante los dioses del sonido, romper el rito del espacio, penetrar la esencia. Denunciador de escombros, extirpador de virus, almacenador de grandes silencios, parcela asesinada.

Ciudades con sabor de cobre viejo en las dentaduras, cosecha en el oficio desdiosado tratando de cocinar hormigas, fracturar cadáveres y descubrir el hilo que dejaron sepultado los antiguos.

Regresar al punto de partida, cientos de rostros en el pecho, alondra que al despuntar el día ilumine corazones.

LXXII

CUANDO LA LUCHA REGRESA la patria, tierra de lejanas lluvias que regala dioses tristes a los niños del pueblo, nadie sabrá entonces de los pájaros prisioneros en una jaula de madera.

Recibir un soplo que nace con las alas, octubre en la distancia, tierra que echaron en sus tumbas.

¿Cómo y con todo esto somos si no se sabe en qué hueco quedó el resto de los tiempos?

¿Dónde será el lugar del momento, de la luz, el desprendimiento del vientre maternal?

No se puede callar la juventud de un pueblo, ¿habrá todavía miles de muertos?

¿Quién podrá con el valor de la sangre, con la vida de la patria?

Hambre hasta los huesos de la tierra, la conciencia penetrando la sombra para conocer sus secretos.

Un día inspirarán una poesía más alta, entonces ya no dirán solamente la mitad de las cosas.

Si ayer la rosa templó su carácter, ¿qué despuntará si el invierno se vino encima?

LXXIII

TE QUITARON LA PATRIA cuando lanzabas flores a las estrellas y tus hijos buscaban un trozo de pan en la sombra de la frontera.

Te quitaron la tumba para enterrar cientos de muertos, te quitaron la Plaza de la República,

una gota de agua se hundió en tu cabeza, la *escopalamina*, el *pentotal* rompieron tu memoria, no pudiste inventar la más pequeña de las mentiras; salieron a flote tus huesos como un precioso rayo solar, con las manos heridas pronunciaste tu nombre verdadero, obstinado en la muerte.

Cuando le quitan a *uno* la patria todo se llena de silencio, no se puede olvidar a los muertos. Donde cae el sonido de la piedra, un dios del tamaño de un escarabajo llora entre las rocas con la mitad del cuerpo desprendido.

LXXIV

INVENTAR UN INSTRUMENTO que no lleve en las cuerdas un sol muerto, sepultar el peso amargo en cada parte del cuerpo. Las palpitations no se confundirán al cruzar la frontera, tu padre ha muerto, herida profunda en el filo de un puñal.

No habrá en tu piel humillación silenciosa, ya no podrán decir que se acabó la patria en los cuatro costados, aunque nadie recuerde tus sueños, estarán ocupados en una lucha de rencores.

El fondo de una verdad te arrebató la vida, la
piedra absorbe las heridas, ninguna duda
alimenta tu muerte.

Robarle una vez más el hilo a la araña y llamar
al pariente lejano.

Palabras de maíz, ojo de tigre en los oídos,
poema que desmienta que un día te quitaron
la patria.

LXXV

EL SOSPECHOSO HACE VATICINIOS, no es
posible detener el silencio de la espada. Ayer
caminaba descalzo, hoy es hombre ahogado en
el amanecer de los oídos.

La fuerza de rumores despierta a los niños,
mariposas extrañas devoran el ojo. Creyó que la
alondra no se ahogaría en el pecho, el horizonte
cambió repentino el filo de la noche, hizo
heridas en la cara.

LXXVI

¿QUIÉN REPARTIÓ TANTOS RENCORES en
una sola tarde? Encontró la palma de la mano
que sustituye la agonía del gallo, trepadora,
silvestre, encallada en el hambre, perseguida

hasta los huesos, empotrada en la miseria como un cirio en la cara de la muerte.

LXXVII

NACIMIENTO DE HOJAS, esperanza de una ausencia distinta. El espíritu viene en el poema, curación de huellas, alimento, agua sin arrugas, sin la pupila rota ni herida la palabra; sin rodillas de sal ni lengua de serpiente.

El fuego no quemará sus ojos, volverá caminando por el filo de las cordilleras con un río en las manos.

LXXVIII

CAMINO DE NIEVE, casa de ventanas abiertas donde los amantes no se dan la espalda; en el contacto primero y último cada movimiento es una rosa, una flor del tamaño del sol.

Preferir el color, la nave llega con las luces apagadas habitada de agua hasta la orilla, cautiva en un canto olvidado.

¿Retomará después de la caída donde la nave ha dado círculos?

LXXIX

NO SIEMPRE EL CUENTO viene del cuentero, los hechizos desaparecen, en el soplo ríe y llora de placer consumida en las alas; renace de la lluvia sin olvidar su espejo maya. País habitado de buitres, fieras bajo un signo.

Cuando ya no viva, ¿quién le va a escribir?, queda algo de lo que fue, la vida pasó con sus estaciones, el frío, la nieve desconociendo el río; el puente, bosques de cipreses al pie de la montaña. La estancia perdió sus ventanas, el cristal, efigie sin semblante.

Un día encontró una canción, recogió copos de luz, con ellos hizo otra ciudad.

Llegará la hora en que la estrella del sur descienda al nivel de sus ojos, los negros ojos se irán de nuestro tiempo, dejarán su pueblo.

LXXX

LLEGARÁ LA HORA CUANDO EL DOLOR toque sus venas y su alma se hinche de lágrimas que nunca imaginó.

Quedará la materia de los galápagos como máquina de guerra antigua. La isla en el abrazo, promesa, vida, sueño, locura, tierra.

LXXXI

UNIDA EN LA RAÍZ DE UN DESTINO COMÚN
la flor del tiempo nacerá sin mar posible de amurallar.

Alumbrar el ocaso del día.

LXXXII

ES MUCHO LO OCURMDO y no variado en su esencia, desde la Patagonia hasta el río Bravo, el cementerio de la herida guarda secretos de un mundo silenciado.

Siete veces un hombre tocó la puerta de su casa, le dijeron que había muerto, así, de una sola vez para siempre. Entonces, se echó a andar, sin lágrimas, no había tiempo para llorar, todo había cambiado. Veinte años preso, el dios acumulado se perdió en el camino.

Hoy ha vuelto la imagen, el recuerdo, no hay suficiente sitio para guardarlo todo.

Algo nuevo, sin muertes ni hombres ahorcados, los años pasan como una pesadilla, aquí nadie sabe nada.

LXXXIII

EL LUTO REFLEJÓ LA LUZ DEL SOL en la calle. ¿Quién representa el signo de la noche? Seguir los ritos que simbolizan fecundidad. Subir alto, encontrar un árbol, un caballo, el sol naciendo y colgarse en la cola del viento.

Primero fue una ciudad, luego otra y otra más; es la hora en que la luz desaparece, hoy es ayer para siempre, cae la mueca de la sombra sin esperar un aliento, un sentido de las cosas.

LXXXIV

EL DIOS DE LA TERNURA cura los males, ¿cómo olvidar quién es en estos instantes de agobio?

Peligran los sentidos, luz apagada en sus ojos, la casa es el sitio de las edades, está en el lugar que indican los astros, una brisa sale. Tenochtitlán, eco de los tiempos, herencia compartida de su primera vuelta.

Ya no habrá más gorriones de su parte, dejará todo tendido sobre el aire como un cable de alta tensión que estalle con el siglo.

La hoja es hoy en la rama, el árbol tiene mucha sombra en América. Es la estocada de los sueños.

LXXXV

OYÓ TRONAR LOS ZORZALES, el argavieso inundó el jardín de su casa. Hoy es agosto, el mes que nos unió en la vida y en la muerte. Pirámide de sueños sobre el mar cayó como un vuelo de palomas que de noche sacaron de la ciudad en ataúdes.

Tierra, vida, enigma, río y sangre de fuego congelado. ¿Quién es el apóstata de mares y altiplanicies?

La herida de su primer fusil, el juego de sus infancias; pesaba demasiado la sombra de sus pupilas soñando el futuro.

Recordó la letra de su nombre, hilo de sus ideas, nube cargada de misterio.

Una vieja escopeta en la noche y un ave más allá de sus propósitos. Movimiento de hojas sobre su cabeza como un horizonte.

LXXXVI

PALOMA MUERTA DE NIEVE, tres veces muerta en su aliento de siglo; construcción de soles espesos, edificios, agujas y huecos con piel de tigre y osos negros.

Tres veces rota en su cuerpo, en sus alas de calle, con agujas de hueco en casas y espejos de paloma rota.

Hojas de paloma en el fuego, la alcanzó la soledad, quiso volar olvidando pensamientos. Adivinar el hueco de la mano que espera, tocar el aire de cinco raíces, descubrir el mundo, las almas que esperaron el nacimiento, el sonido de la vida que se ha desprendido.

La soledad no perdona, la paloma ha muerto en el fuego, promesa en fruto.

LXXXVII

CUANDO MUERA EN ESPAÑA, después de escribir un largo poema a la danza de los viñedos y recoger flores juveniles en Talavera de

la Reina, viajaré por las nieves como un tucán fugitivo del trópico, donde el sol y el hambre nos quemaron los ojos con un fusil de ilusiones.

LXXXVIII

AMOR EN LAS VENAS hasta envenenarse, ahí bebimos toda el agua contaminada del mundo y sufrimos el incendio de los bosques, aprendimos como la soledad de las cosas pequeñas tomó una simetría gigantesca y el tigre rompió las ventanas en la madrugada.

El rostro desapareció en el zarpazo del viento, congelado en el fuego de las estrellas.

Desde el fondo, las palmeras fortalecen su memoria, México aparece como un jardín de espinas, país donde le dieron la más profunda puñalada, ahí donde la vida enciende una esperanza, zapatistas cortar flores al desierto.

LXXXIX

OTRO CAMINO LARGO HASTA EL SENA, escuchar los cantos de César Vallejo. Meterse en la raíz añeja a de un río toledano, al final, conseguir de almohada algunas alforjas de vino español y echarse a dormir hasta que el mundo reviente.

XC

POR EXTRAÑA ESPIGA DEVORA EL OJO, el viento rompió el filo de la noche y un rostro tomó la forma.

Camina en soledad y tierra, en una dimensión, pájaros rotos en sus manos y en la mitad del tiempo, soledades, distancias.

Como un Caribe, bola de fuego, se siente la especie humana. Hombrecitos sin huesos, caminos insólitos, caras sin espejo y una adivinación imprecisa en el fondo de la tarde.

Los cadáveres no han vuelto, pánico en el alma, silencio en los oídos, tacto en la punta de la lengua, destino de horas inhabitadas; hacia ti todos los seres extienden sus alas rotas, sus cantos, alimentando sueños.

Un día teje la huella, se deshace el dolor prematuro, hijos sin custodia, cicatrices que el tiempo no perdona.

Hombres de nadie, sombras que el destino quiso y un trozo de conciencia en la palabra.

XCI

HACER VUELTAS A LA TARDE, que sólo es una tarde, romper pensamientos de la edad, hombres de otra época, el sol se oculta sin una línea de rostro. La espada tocó la casa, las hojas, el punto que todos esperaban.

XCII

¿RESUCITÓ EL HOMBRE? Todo y uno de mil formas toman la orilla. Avanza despacio en la oscuridad, el daño persiste en la hoja del árbol, el ala rota en el ojo del tigre lagrimea de cara al viento.

Somos en la mitad del tiempo prisionero, incertidumbre, mirando con precisión de cóndor valemos en el peso del aire, agreste sequía, edad sepultada.

Cadáver de soledad inmensa perdido en el vientre con su rostro cubierto de bandera.

Para decir adiós no se ha inventado el tiempo, no hay idioma para decir adiós, ¿y cómo recoger en un idioma la sombra de la muerte si hay miles de jóvenes sembrados entre lágrimas?

XCIII

MUJER DE FLOR MARCHITA en las manos, miseria, represión hasta la sangre. Caminante siente una estrella en la garganta, un dios lo enseña a caminar sobre el filo de las colinas.

Termina el *carrilero* y todos se unen en un abrazo fraternal; no fue feliz en el rostro empolvado la hora, rodando por el mundo dice adiós para siempre en el sueño.

Gota de agua en la llanura, no hubo suficiente espacio, suficiente silencio en el fuego de los ojos y el grito del arco es más claro aún.

No moriremos porque estamos hechos de viento, mar y tierra no es al mismo tiempo sol y espejo.

XCIV

PETRIFICADA COMO UNA ROSA de papel donde todos esperan, tierra de asentamientos. La distancia es cierta,-pasó como un silbido luminoso.

Llegar y adivinar el sentido necesario donde cayó una flor hecha pedazos.

Otoño, invierno, todos en busca de una estación perdida donde el amor se escapa en tragos de río.

Clamor de tierra donde se recoge el remolino y una dicha apenas alcanzada.

XCV

APRENDIÓ A RECITAR en vientre materno, hoja acostumbrada al frío, hoja de nieve, de ojos; hoja de boca, de meses, de años.

Agosto, mes del infundio y la calumnia, nefasto dios de la muerte que no deja un grano de trigo a los pájaros.

Nació la perversión, si tantas piedras preciosas guarda en sus graneros, ¿por qué mató al padre que era un rayo de sol en nuestras vidas, un hombre en la esperanza?

Vivimos con los pies hacia arriba, la lengua afuera, apretando la cintura del hambre.

Saber cómo es que nos encontramos donde la pólvora se desperdicia a grandes tamaños de nada.

La verdad florece en el poema y nos da la geografía.

XCVI

VIENE EL DESCARRILADO TREN con su vientre de fuego encendiendo la noche. El hijo sepultó a su padre, en añorada tierra inventó un nuevo idioma y un viento de palomas saliéndose del pecho. Todo el misterio es una gota de hambre.

Cayó la espiga, nadie sabe si el horario de luces perdió la libertad. Cuando la tempestad tocó las llagas los hijos se fueron desprendiendo como fuegos de fusil.

Si les dijeron que había muerto, ¿por qué volvieron a preguntar por él? Estamos en el fondo de la tierra descubriendo un punto solar.

XCVII

SABER CON QUÉ ZAPATO pisa un extranjero, a la orilla del río, ciudad vendida a brujos mercaderes. Coyotes, hormigas que alimentan el vuelo de los buitres; huellas sin habitante, máscaras de verde en procesión reventadas en los pañales del día.

Es de medianoche y no hay sillas para sentarse,
soy extranjero con permiso al museo de
ventanas cerradas, la hoguera se ha trasladado
a la ciudad y las huellas se ocultan.

La lluvia cae en el colmillo del agua, la sed es
cierta. Ya no es igual gritar ante la puerta del
fantasma.

XCVIII

¿DE QUÉ GENERACIÓN SERÁ LA ESPADA que
sólo corta cicatrices dormidas?

Crear lo que dice la leyenda, las estrellas se
pierden en el hueco de alguien que no ha dicho
su nombre ni su sombra.

Pintar la palabra de blanco para bañar las
casas de ese pueblo. ¿Quién puede decir si este
color no es blanco?

El vientre no recuerda las mariposas muertas, es
el momento de parir el llanto de otros bosques,
las alcancías suenan como monedas huecas, los
rostros tendrán nuevos espejos.

Atrapar la noche, hacer cautivo al que no
duerma; hay alguien que se mueve en todo
esto y un esqueleto suena cuando nace la
aurora, viene de un minuto que lo espera en el

sueño a traer el molde, a descubrir la sombra ahorcada de alguien que pasó cuando todos dormían.

XCIX

CANSADO CON TODO VUELTO al otro extremo, camina hacia atrás sin desperdiciar un solo paso, cuenta de uno a tres, siente dos polos en contacto y es el de en medio mosca electrizada por el tiempo.

¿Quién puede decir la joroba del camino? La voz no tiene preámbulos, sólo quiere decir que tiene hambre.

Nacen los soñadores de la muerte, pero también nace el miedo. Otra vez el regreso de la forma, el paso quieto, la luz duerme, nadie enciende un fósforo para quemar el miedo, se da la oscuridad, la noche gotea sus enormes estrellas para quedarse sola y encerrarse de nuevo en ese monasterio. Los árboles se disciplinan y los pájaros empuñan el pico al sueño, no hay perros, todo se regresa como una voz apagada en cementerio.

Lo han descalzado los caminos, pero debe seguir y encontrar lo que no tiene hora fija y

aparece cuando el tiempo ensaya su eclipse y no regresa.

Se va quedando a pedacitos en cada una de las sombras del desprendimiento, es la vuelta del invierno vestido de angustia y lo contagia.

C

COMO UNA MONEDA SIN FECHA, sin rostro, almacenada en el bolsillo del polvo donde se pierde el nombre y el sonido, su boca de alcantarilla recita los últimos poemas dedicados al dios de la lluvia.

Una vez desprendido se sufre, pero se es libre. Donde los párpados se cierran, cuando se queda quieto y no vuelve a responder nadie, empieza algo distinto a la muerte, se cubre un suspiro con otro, una voz calla otra, la distancia se hace pendiente, esa voz ya no transmite.

La piedra, camino difícil, lo alcanza la sombra y huye. Se alimenta y cuando siente hambre camina, un día va a morir cuando sus pies rehúsen el acostumbrado recorrido.

CI

LA TARDE, CORTINA DE CRISTAL, misterio, construcción desquiciable yace a su espalda, las nubes empiezan el tono y el volumen, se hace el rito y se va despintando la forma cuando vuelve a su sueño el crepúsculo. Un mundo se oculta en la sombra de la rama inhabitada.

¿Quién dijo que la poesía se hace en el sueño, que la tarde suena a repetición y que el paso con la noche es algo que aparece en la oración de un reloj?

El sueño es poesía y lo que se regresa tiene que ver con la vivencia del trasmundo. La hora nace de la cuerda como el canto de la gota, el cuerpo se tiende a entregar su cansancio y eso se repite, pero se llama instante.

CII

¿DE QUIÉN ES LA PALABRA?, otra vez la aparición y sólo eso, es de las ocasiones que no se puede volver.

La pupila en la ceniza busca de nuevo el ayer, el árbol caído golpea, se oye el lamento en la cuerda interior de la corteza.

El extranjero-luz camina, una lágrima, allí está la sangre, el alma, la piel, las manos y la voz; vuelve el ojo, el frío se levanta, el injerto del árbol ya está hecho.

Somos los dueños de la pluma deforme, el encuentro de la órbita genérica mueve fronteras de lucha aluviónica.

Está próximo el muro, las tapias visitarán la calle, partiremos en el momento de la emboscada, corriente contraria de puntos sin espacio. El círculo se ha puesto, cuellos flacos sin lógica, temporadas sin fruto, participación de incógnitas.

CIII

EL SIGLO SE REÚNE EN LA BOCA, revisar las fechas, mostrar el intestino, evocar y cubrirse de ceniza.

Alguien vino y se llevó la palabra sin voz, el cuerpo descompuesto renace el golpe, acaba la sospecha. Hay un olor a cáncer subterráneo de cerebros que duermen, el muelle se desgasta en recepciones y ninguna pregunta se contesta, ante el espejo se ha quedado pendiente la hora, no hay ceniza, el cementerio no es dueño del poema, mendigo de luciérnagas perdidas, imagen de la indefinición, puedes morir en el

minúsculo grito de un segundo, se apiadan de ti y te perdonan.

CIV

CAMINA AL OTRO ESPEJO el ixtle redondo y peregrino como una flecha de doble claridad donde yace la figura del hombre, imagen de un hasta ahora reconocido espacio.

Rostros infantiles custodian el alba donde quedó aquella primera hundida lágrima y un gorrión picoteado de espinas. Memoria, aleteo convertido en ala, instante atrapador, geografía, camino que a ningún lugar lleva.

No somos nadie, ni roca, piedra, muro, ¿un beso infantil?, espiga que agiganta el recuerdo, reloj que se destruye en un segundo. Así vivimos inventando sombras, rostros, cicatrices que el hombre no alcanza. El color engaña, nos adentra en la misma distancia de sabemos.

CV

EL DÍA QUE LE SACARON EL CORAZÓN al hombre, estaba dormido, cuando le rompieron las venas andaba ausente, el día que lo mataron buscaba sus recuerdos, cuando tiraron

la puerta, el hombre estaba lejos. El día que encontró su silencio nació la poesía.

Las aves perdieron sus alas, cavaban fosas pegadas al vacío, sembradoras de agua.

Donde empieza la especie a convertir la cábala, el origen es otro, ausente de la forma de sentirse en tiempos en que el hombre acaba de nacer.

La patria estaba sobre un escombros de ceniza, sombra de hijo peregrino, ni raíz ni luz, el demonio conquistaba antenas deslizándose su aroma que a los dioses diera rostro.

CVI

CADUCEO EN MANOS AMPLIAS para ser iguales, perecen árboles y ninguna fruta se contempla. El espejo sí puede dibujar cicatrices como un país en el desierto dice nombres. La sepultura, el desdichado día donde la vida acaba, tocan las campanas.

Recuperar el sol, la vibración de una cuerda y una sonrisa despiadada de alguien que quiso conquistar tu nombre envuelto en caracoles donde se oyen lamentos y la vida impone ecos de solitaria espiga.

En el mismo espacio la libertad sucede todavía para aquellos que fueron bajo el hambre un sueño.

El espectro del eco, se reanuda el rito de los hombres, apenas visionario a nuestros ojos.

CVII

LO QUE ALCANZA NOS TOCA en el momento de ser otros en la forma del aura, no prosigas en lo que nombran llama, en ella avanza el lente de la muerte, diferente a lo previsto cuando el aviso acaba en cada humano que al sepulcro llega. El silencio se aprisiona y juega un signo importante la esperanza.

Aquí termina un día, para nacer semilla falta tierra. ¿Quién dice adiós cuando sepulta a tiempo y no se cubre en sus raíces?

CVIII

RESCATADO DEL VIENTRE como una luz amurallada toca las alas del ave que agoniza.

Luciérnaga en la red de la araña sin esperanza alguna cuando lo tiran a *uno* por el río amargo. Zozobra, no encontrar a nadie en el viaje, vida deshecha a cañonazos de rencor, de espanto.

Pedir una tregua al mirlo negro que pende de aires tropicales, enfermizo espacio. Tomar un signo de inocencia a la memoria que oculta la creencia del pasado como un capricho de siglos.

Sólo a golpes de océano la locura puede desprender el ojo del pasado.

CIX

CADA ESPIGA DE SU ALMA fue un encargo y no un poema al olvido. ¿De qué color es la hierba cuando temblorosa en el filo de las estrellas está recostada en la Cordillera del Merendón?

En el exilio busca en las tumbas la voz del poeta que lloró hasta su muerte cuando lo sepultaron a siete mil kilómetros de patria.

No guardes rencor, te quiso ave y le saliste tigre, te quiso mariposa y volaste en "serpiente emplumada", cueva de nadie, tumba fálica.

Te quiso matutina y nocturna llegaste como las grullas que destruyen esperanzas. Te quiso visionaria y el maligno rompió tus alas.

CX

ESPECTRO DE ALONDRA, hoja caída sobre el sueño. ¿Dormirá tranquila cuando el sol penetre su cuerpo y lance su enorme bocanada? El río no está seco, cambiará de color cuando pasen los cadáveres.

Queda una luz en el camino que recorrer con manos temblorosas, no somos dioses, hombres llenos de lágrimas.

La vida aquí es una. ¿A quién hizo daño, a quién hirió las alas cuando todos esperaban una canción?

¿Dónde estarán los que olvidaron ser en los momentos de remordimiento? Un día regresarán y verán donde se sentaron los fantasmas.

En agosto a las cinco de la tarde lo mataron, años de insomnio, no está vencido, le quitaron la casa, el sueño, el alma no le han quitado. No está muerto, no lo han matado.

Allá, cerca de un nombre arrebatado a las montañas quemadas de pinos, con las manos pegadas al sol, al trópico que le rompe la ausencia, el caracol guardará sus palabras.

Se equivocan los que creen que la patria se inventa en la tortura. La gaviota rompe cristales con la mitad de la luna en el cuerpo. Tomar la bóveda del aire con un aliento que del fondo viene a cubrir corazones.

Un dardo no alcanza, la luz del día no se acaba en los ojos.

Tú que conociste el color de la muerte, toma estas llores.

CXI

EL HOMBRE TIENE ENIGMA, se mete por los huesos, toca su rostro hasta los ojos, alcanza el filo de los cabellos, acaricia los labios como una tempestad de fuego. Cruza ríos y montañas cubiertas de nieve.

El hombre tiene un enigma grande, vive en el fondo de los mares, habla con los peces el idioma del mundo, se convierte en cebra amarillenta, manos de niño en la mirada; se hace hambre en el camino, pena que es un dolor agudo, lágrima y no cabe en la boca, la nostalgia de saber que existe.

Orilla en la punta de la oreja, labio en la pupila, atardecer en las costillas, fusil en su pecho, criatura en su raíz primera, silencio en su canción última, pensamiento en su olfato de hierbas, amanecer en su muerte trastocado bajo los árboles.

Destrozado en el vientre, un quejido lo llama, el grito lo rescata, está vivo, todas las noches se despierta.

Yace el amigo del hombre, en la voz de fuego duerme el descontento; el desamor rechina entre los dientes, un potro en las colinas, la gacela se pierde en su vista, puñal que penetra su pecho, nadie esconde las manos, el viento en la copa de los almendros remonta y clava en la punta de su cuerno las estrellas; se oscurecen los ojos, aletean sobre el agua; la resaca empuja hacia el olvido y un cadáver de cicatrices amplias lo abraza en medio de la noche. El relámpago atraviesa su vida, envuelve su existencia en los cuatro costados, mira en el fondo del tiempo su rostro, sus labios de fuego, un grillo traduce sus palabras y un piano se oye lejos.

CXII

CUBIERTO DE MARGARITAS de cementerio rompe el arco de la vida, dardo envenenado en la hoja de un árbol, llama de cirio, almacena el aura en sus dedos, ¿a quién despertará a medianoche si el grillo no volverá a traducir sus palabras?

Ya se han muerto tantas cosas que también se le murió la muerte.

CXIII

LOS ÁRBOLES HICIERON SU INVIERNO, los dioses indígenas lloraron su llanto al maíz antes del éxodo, se perdieron en el río Tulijá, nacimiento en tierras de Tumbalá y Yajalón.

Río de agua honda y navegable baja con rostro de ángel de las sierras del sur. Abuelo del agua y de la sangre, atentado militar contra una de las cinco naciones, indígenas y campesinos a la orilla del hambre. Valientes de 171 1, golpeados hasta el último golpe por el yugo español. Conspiración, sublevación indígena ante la plaga de pájaros amarillos de pico largo. Nación antigua, filosofía occidental desconocida, idioma musical de ascendencias mayas, íntimo a la muerte del indio.

Señores tzeltales, dueños de los campos cuando los bosques soltaban sus guirnaldas y sus ramas con flores de loto pegadas al mito de la piedra profunda donde el fuego conserva el color de la llama. Jade y penachos de plumas, hojas de obsidiana, valioso mineral verde oscuro del que tomaron forma las armas cortantes, las flechas y el hombre en el espejo.

El dios Chac de la lluvia, supervivencia en tierras altas, zarzales y caminos quemados donde los tzeltales perdieron los templos del sol. Latifundistas de la zona afectada cocodrilan el paso del jaguar. Quinientos indígenas atropellados, invasión de soldados.

CXIV

SE QUEDÓ QUIETO EL VIEJO TACANÁ, entre sus rocas, lejos del Soconusco, donde el capricho doloroso cayó en piel de abuelos en la ruptura de los Andes centroamericanos.

Años pesados con muertos en añoranza de tierra exigieron la palabra escrita y el destino lejano de la sombra, lugar en el que un dios espera el diálogo.

Vendrá una nueva tempestad de muertos, ya se acercan miles de ellos con ojos amarillos, es la legión del norte con sus pasos de infierno. ¿Cómo se puede caminar sobre este color sin herirse?

La piedra expulsa su fuego profundo y cede hacia cosas esenciales, pero el viento no siempre viene de oriente, ni las hojas caen de un mismo árbol, ni un pájaro negro bajo sus alas. El rito se vuelve una obsesión, cientos de pájaros se estrellan con el alba. La idea toma una posición, las deudas no están saldadas, los voladores tendrán una nueva corriente de aire, de muerte acostumbrada al sonido del fósforo. Aparece la imagen sin sombras, cambia el aspecto de oscuridad y silencio donde el dolor ha sido olvidado.

Vómitos de estrella, conchas de aire, nace el mito y una vez más se origina el grito de agua desgarrada. Es el destino de un infierno inevitable.

Tercera parte

DONDE NO CRECE LA HIERBA

I

¿QUIÉN SE LLEVÓ LA HISTORIA de la pequeña tierra sideral? Aquí está la tumba bajo un silbido de difuntos recién muertos y la boca de Dios como un extraño pergamino con detalles de otros antiguos poderosos.

Aquí estarnos nosotros también, esperando un sueño que no nos quite demasiado tiempo, un sonido identificable con la mitad del mundo, lugar con abundantes experiencias de pólvora.

Ya son quinientos años de silencio y de hambre, quinientos años de muerte.

¿Dónde quedó la tumba, el mineral?, ¿cómo son las cicatrices del tigre y quién pintó las costillas del león con un color inofensivo? Aleteo de cuervos, soledad en el aire, viejo camino, estirpe agotada.

Éste no es el mar de las tempestades, extraño lugar en el que se descubren rosas sin fuego; se viajará al fondo del mar, rostro sin sangre en el olfato.

En nombre de la poesía no escrita, sigamos el sonido para romper todo lo hecho y rehacer todo lo roto en una dirección opuesta a las estrellas que nos deje tocar el infinito, desenterrar los muertos.

II

CERCA DE LOS CIENTÍFICOS del aire, de la tierra, atrápatas, cirqueros, maestros de la llama, de la primera, donde la sombra es dueña de la inocencia; debajo, donde la sombra es inocente.

Poetas atómicos, compañeros sombríos, altazores del fuego; ahí donde la tierra se separa de su peso, de su única verdad, virgen, fecunda, cargada de semilla, revisan el lenguaje, el color de los ojos, lo que va más allá del silencio, la muerte, elocuente mensajera monolítica, señora y maestra amorosa, poeta de los vivos, poeta de los muertos.

III

BAJO EL SIGNO DEL VIENTO llega la muerte, un cañón que no se alcanzó a hacer y termina en cordillera, ahí tiran a los muertos.

Ferrocarril de mineros, el foso es hondo y tenebroso, las serpientes esperan, ratas y lagartijas corren asustadas.

¡Qué hondo pasa bajo el *tren* el abismo de sangre!, hay noches que las estrellas se bajan, tocan la neblina donde tiemblan los cuerpos de los abandonados.

La mina crece hacia adentro, ahí, en la intimidad de la jornada donde la gruta se resbala, ese tren casi humano, de fuego y de silencio, regresará un día a recoger recuerdos, las grandes soledades, la herida del tiempo prisionero en un vagón con llagas de azufre.

Mineros antiguos de la tierra, hijos de un dios profundo, con los pulmones coronados de pólvora y el rostro retratado en la noche, ¿verán la luz un día?

Dios minero, de ferrocarril y de abismo, los huesos se ven en la neblina, las víboras no ayunan, carne mineral.

Se encenderá la iglesia al final de la tarde, se les chorreó una cañuela.

El niño ha roto el agua con el filo de una estrella, el vientre de la madre ya no se quejará de sangre y de diamante.

IV

LA VIDA, NIDO DE SERPIENTES, arden las soledades, caen las hojas como abismos, no queda nada ya. El ocaso es indetenible, las flores del campo se guardan, la llama se extingue en la lágrima de los caracoles, último remanso de la dicha esperada, los hijos se quedan en la orilla como un sueño.

En este trozo de tierra donde hace siglos nacieron los corales, se descubre la infamia del pasado.

V

EN LA INOCENCIA DEL MUNDO hay un reloj dormido, la muerte sigue su vuelo de luciérnaga, olvidada en la rama está la vida.

El circo se levanta, los niños aprendieron en el trapecio la verdad de las cosas, el hilo que renunció por una vez a sostener el carácter del tiempo.

En la soledad del cementerio ya no habrá rencores, fuiste un buen amigo árbol viejo de sueños, la hamaca del poema sigue donde se abisman otros.

Ya no volverán las rosas perdidas en otoño, las perlas de una corona, el retrato que fue pasión. El de los sueños de oro aprendió a ser poeta en otro idioma y aprendió a ser hombre.

VI

LA VOZ EN LA PRISIÓN, los mayas dejaron sus casas, sus sembradíos; olvidaron sus raíces, sus tigres cebados, historia de chicleros, el zarpazo del hambre.

Eran los cenotes lugares sagrados, cohabitaban con las estrellas. ¿Cómo sufrir este tiempo sin evitar una eternidad? Quedarán las avenidas de mar construidas en el olvido. Muchos adoptaran la imagen del sisimite, primitivo que rapta a los solitarios.

Méxicos ocultos de muerte y de vida donde el poeta se muere dos veces. Cancún, nido de serpientes, lejano Chetumal, bahía donde se ahogaron los aluxes del viento.

VII

LA VIDA ES UN SUFRIMIENTO REAL COMO la muerte, anda con el alma en pena, no tiene huesos, resiste la escarcha, electricidad en el agua; no tiene pecho para el dolor, anda de aquí para allá, sin sosiego, sed por castigo.

Levanta lo que queda y pregunta al hombre de arriba, hace una seña, otro siglo para volver a hablar; imagen antigua, no sabe y toma el camino de luces, nadie escucha, regresa a donde estuvo, no se puede igual, los caminos están cerrados.

Sobornar a la muerte no es fácil, no valen sellos de eternidad.

Cuarta parte

ESPEJO DE ÁRBOLES

I

ES EL OJO CASTIGADO DEL MAR atrapando corrientes, abanico bajo la lluvia de viento. Alhajero de los mayas, caracol de agua dulce, Cenote Azul, espejo del Caribe, al alba, el alma del agua pincela el paisaje, el sol guarda su semen de heredad: Historia de la vida, encuentro de deidades que olvidaron sus telas de seda, mariposas de mar, reino de pasiones alimentando el agua.

Faisanes y tucanes; bígamo pavo real; guacamayas de luz; ruedan las carretas del mar, lejanas con el hijo del hombre, el mono.

Es el Cenote Azul un sueño, hembra del mar con sus senos inversos. Ahí vivimos desde siempre buscando la clepsidra, la *tristitia*, piedra preciosa perdida en el fondo del océano.

Cenote Azul, ventana interior del otro mundo, guardador de diamantes y otras estrellas.

Pozo de mar que ahoga la sangre de los contrarios. Cenote Azul, ahí nacieron el amor y el odio, la primera batalla de los sexos.

Cóncava hamaca de agua donde Dios duerme, para aislarse del mundo y de los hombres.

II

¿DÓNDE VIVEN LOS PURÉPECHAS, bajo la tierra?, un sol eclipsado llega al rostro de los huicholes, va por la piel de los yaquis, alcanza la siembra de los tlapanecos, de los mazahuas, roba a los niños de los coras, enturbia el agua de los amuzgos, electriza a los mayos, rompe el corazón de los nahuatlacas, descalza a los tarahumaras, se lleva el hilo de los mixtecos y los ojos de los zapotecas; avergüenza el idioma de los mayas, viola a mujeres de los chontales, destruye el arco iris de los seris, se bebe la esperanza de los tequistatlecos, abandona el honor de los triquis, de los kumiais, rueda sobre el silencio de los cupacáes; la sombra crece sobre los otomíes, alucina a los mazatecos y abre las tumbas de los matlatzincos; lloran los ocuiltecos, los popolacas, revienta el alma de los ixcatecos; los chochopopolacas sufren su desierto de ramas secas, los cuicatecos ven correr sangre de espigas de maíz quebrado, los mixes duermen sobre

hojas de lluvia ácida, los kipapúes lanzan destellos de abandono.

En el último olvido están los totonacos, los zoques amarillos de viento, los pimas sobre un dolor de agua; los pápagos y sus cantos en el filo de un hilo.

Chatinos, huastecos y chichimecos adelgazan su piel; los huaves beben cántaros de silencio, los chuj se dilatan, los tepehuanos deshacen sus vestiduras.

Jalaltecos, guarijios y papais esperan el destello de la noche.

Los o'odham de Caborca, los cochimíes, los pames, los kiliwas y los chichimecas se ramificarán en busca de un sol verdadero que no rompa sus huesos, saben que está tras la cordillera, bajo árboles sin luto, en el agua de buenas siembras y tierras fértiles, en el canto del caracol que viene con estrellas.

El sol indio será otro, no viajará sólo con la mitad del rostro, hombres de raíz profunda lo evocan en tierras de dolor y quebranto donde la vida debe tener otro nombre.

III

EN EL CERRO INCLINADO, lugar de magueyes y mezquites, se ve en el espejo de la historia india el penacho de plumas flotantes.

Como un dios de la isla habitada, el solitario siembra culebras, futuro constructor de un puerto de mar, lugar arrinconado en el centro de la tierra; una mujer recostada envía un beso salvaje con ojos abiertos a las estrellas.

El agua es tibia, lugar de comadreas, detrás del río hay una cueva de boca grande, el *coperio mayor* está preparado para regar la tierra con el aroma del incienso, ese día llegarán los canteros y los fabricantes de sandalias, también llegarán los proveedores de sueños.

Alguien vendrá a ponerse la corona que dejaron olvidada los sacrificados, el cuervo observa la escena, muy entrada la noche anda una abeja silvestre cerca de un panal ajeno.

En la parte alta de la isla, un pueblo desprovisto de agua, sin escritura, lugar de aguas profundas donde no conocen el verbo escribir, sus habitantes son libres pensadores, conocen una hierba a la que atribuyen propiedades para evitar la calvicie, de su ramaje hacen escobas de vara, por este

prodigio la gente los llama venerables; pero también brujos y hechiceros, agentes de policía y pregoneros. Nadie puede ir en su contra sin buscarse la cárcel.

En ese pueblo se cayó el cercado y nació el derribador de árboles, como un apellido de familia, para hacerse heredero de la corona.

La tierra es colorada como el aguardiente en el estómago, bebida de aguamiel fermentada. Allí llega el que hace jabones, el embustero, el asustador, el regañón reclamando sus joyas; el tesorero que deja una huella de lumbre y contrata a una diosa para que vigile el mundo de noche.

Habita la dama el agua de las culebras con su espada ancha, autora de torturas. La isla ya no es lugar de pájaros, es sombría, de aguacates enfermos.

Quedó lejos el pan de maíz y la ciruela, no se conoce el vuelo de las águilas. Habita el encargado del depósito de armamentos, el de la buena puntería, el quebrado de palabra elocuente; el jorobado, la de los labios rayados. Habitan los cobardes, el zopilote blanco y los zorrillos.

La luna está llena, proyecta una pequeña sombra al pie de los cocotales; el hombre se lleva lo que cabe en las dos manos y lo tira en la tumba, esperando escribir algo diferente al silencio.

Habita un anciano de sabia arcilla en los dedos de sus pies, modela un dios distinto. El *gran fuego* quema el barro, por la boca del horno sale a la superficie una figura de maíz tempranero con flor de lumbre. A partir de ese instante, la isla se llena de guayabos y doncellas con hojas doradas en la sien; el comal está listo en espera del adivino.

La predicación fue sustantivo, viene el brindis en la copa del novio con su camisa larga, la reina del bosque con su ballesta entrega a la mujer virgen sobre tierra fértil ante los pescadores, hija de Iztaccíhuatl y de Popocatépetl.

El coyote se ausenta al pedregal, la isla vuelve a ser con sus tres ojos de agua lugar de vino dulce y no pozo de remolinos y orejas desolladas.

Lugar donde hace viento de sauces, dalias y cañas tupidas para la tejedora de lienzos finos. Ya no lugar de espinas con piedras de sacrificio

y uñas largas, ni tierra amarilla, arcillosa al atardecer.

Es una isla con flor de figura de pendientes en piedras brillantes y obsidiana; ya no lugar de ciénegas, neblina y humaredas.

Isla con corona de flores y pan de maíz tierno, jícaras y claridad en el que enseña.

Isla del verbo escrito, de guías donde el sol está siempre levantado.

Ya no es lugar de mal olor en las hondonadas, de sepulcros al descubierto, lagos de sangre. Isla donde el frío se acabó, donde vive el tejedor de lana para las ceremonias, donde se da la resurrección del solsticio de invierno.

Ya no es lugar escondido, de cuello delgado en el agua. La isla en la visión de Tenochtitlán, como un sueño en el nido de sus volcanes, es el corazón de los hombres que habitarán el siglo.

Los niños jugarán bajo la lluvia, sobre un charco grande y largo de agua como un espejo entre los árboles.

IV

EL ROSTRO MAYA NO SE PERDERÁ, ni vagará el alma del pueblo a la orilla del mar, afligida. Naturaleza y cuerpo son colores de amor y de esperanza. Es el ave del paraíso el corazón del maya, tejedor de hilos.

Expresar el nacimiento del sol que toca el privilegio en lo sublime, el mismo destino que es el hombre, puente de agua entre la selva.

Miriñaque, armadura de alambre que se ha llevado el viento. Tierra de hombres, Kantunilkín, lamento perdido; árbol anidado de niños, un día los mayas volverán los ojos.

Abandono de grandes edades, rostros de mar, bastión de héroes. ¡Cómo pesa sobre nosotros el pasado glorioso! Ancianos, signo antiguo de las cosas, la eternidad en una lágrima.

Dios vendrá un día a jugar descalzo bajo ese árbol de Kantunilkín.

V

UN DÍA LOS PÁJAROS DE DIOS cantaban muy alto, por encima de los árboles, muy cerquita del cielo. Conocí esas casas altas, grandes, humanas; parecían de dos pisos, sólo tenían uno, universal.

Están pintadas con un color de amor antiguo, se llama Valladolid, el de los mayas, con su palacio de gorriones y una plaza de sinfonía.

El corazón de Dios cuida esos hombres, hay niñas que juegan en la tarde, entre las flores.

Es Valladolid, que al alba y por las noches viene a besar el mar.

VI

TENIA UNA FLOR EN EL FONDO de la Cordillera del Merendón, se alimentaba de hierba y de lluvia. Hace tiempo perdió sus pezones de hojarasca, ahora es botón de rosa.

En sus muslos de agua crece el trigo, en sus ojos de almendra me fue creciendo el cuerpo.

Cordillera del Merendón, los zorzales te hicieron bajo una lluvia de sentimientos, llega la tarde en el alma de la estrellas.

Ver pasar la historia, besos furtivos y muertes misteriosas, ver pasar el ansia de la vida rumbo a los cementerios.

El rostro de los niños florece, habitan el alma de las cosas, madre deshojada.

Los zorzales se ahogarán en el viento, se acabarán las angustias, no habrá calles que recorrer, ni perros que silenciar. Se irán los amores antiguos, los difuntos se ahogarán dos veces en la muerte, paralizados al rugir la noche, cuando "El Cajón" se beba nuestra sangre.

No habrá tiempo de decir adiós a los rencores, todo será presencia de soledades. El último horizonte de la vida será haz de silencios.

Cordillera del Merendón, madre amorosa de los hombres, beso tus plantas como símbolo de estrella, tu corazón de enredaderas, besó a los hijos que dejo en tu regazo.

Dios puede dar el signo, un himno a las especies y no una lágrima.

Quinta parte

ARCOS DE PIEDRA

I

EL ÁNGEL SE PERDIÓ EN LOS SUEÑOS donde un invierno abrazó la nostalgia. El destino del hombre se hizo semilla de átomo. El eco, la eternidad, dejaron su escarcha, el canto violentado.

Duelen como un abismo, agujas de diamante, amores de ausencia.

Conocí al ángel una tarde, estaba oscureciendo, el cristal de una ventana dejaba ver la imagen, la comisura de sus labios. En la intención de un acercamiento recordé la cabañita del mar, hay noches de sed en que el caracol sigiloso llega, en la penumbra, a beberse la leche del gato.

Es el ángel perdido, prisionero de mares.

II

QUERER A SOLAS SIN QUE NADIE OIGA, bajo una lluvia silenciosa, apenas visible, donde sea más agua la humedad de su boca.

Alguien dijo ayer que la rosa estaba triste, que tenía una tristeza grande de ausencia. Es cierto, llora, esas cosas no se dicen.

Nadie tiene razón, el corazón es una piedra roja y honda hasta el pecho, ¿por qué nos dolerá tanto esa rosa?

El viento trae un disgusto largo en mi espalda, cierro la ventana y se calla; pero vuelve con más fuerza, siempre a un lado de mí. Dejaré abiertas las ventanas y así lo veré en el suelo con su rostro.

Quisimos tomar todo el tiempo, el sol Tonatiuh estaba atrás, al otro lado del mar donde el volcán Ajusco cubrió de lava los lagos.

Tratamos de abrir la piel y entrar y la sangre vino de adentro llena de ira, llegamos al espacio donde se guardan las cosas pequeñas y el pájaro pegó sus alas de aire llevándose entre las plumas el secreto.

Ella dio su sangre, visitamos al hombre, nos regaló sombras para seguir el difícil camino.

Entramos por la puerta del cementerio, buscó entre las flores el nombre de su madre, pasaron cientos de años y ella, sentada en el pasto, echó canciones a la lápida pegada al fondo de la tierra; canciones tristes, lloró y dijo en una palabra todo su silencio, todo su amor en una palabra. El alba estaba alta y las horas estaban altas también.

El camino se echó a andar bajo los pies, fuimos en busca del trigo y del agua. Aquél era un río pintado en el puente, el agua dejaba salir del fondo, con claridad, el rostro de las piedras. Agua arcada al final de la pendiente, la maleza al descubierto, pequeña cueva, partitura del reino.

Mujer de boca tierna, lugar desgastado bajo el ojo, pegado a la nariz; desgastado como la vida y la tierra.

Entramos en un cuarto sin luz, con los brazos alzados, con el temor de recibir un golpe seco y sin sonido, sordo, y teníamos miedo de morirnos en las tinieblas; aún quedaban las sombras, amigos inconmensurables.

Es bueno recordar que todos los días le envió
cientos de pájaros, es la profecía del amante.

III

NO POR SER MENOS ALTA la voz es menos
fuerte, la encontré tendida como un canto no
recogido, aún no escuchado, ¿de qué raíz creció
la primera flor en su pelo?

En este camino inútilmente recorrido, ¿la
vida, hacia cuál infinito se dirige?, grito en el
vientre de una estatua, transmigrantes con un
trozo en las alas; en las colinas, música en
caracol. Diosa luna en el canto uxúricua de los
hombres tarascos, Xaratanga en nacimiento.

Inventor del sonido, río que ahoga la
sequedad de sus venas, recuerdos sin valor
sostiene el pasado.

IV

LA CIUDAD AMANECIÓ CADÁVER bajo la
bota militar, ausencia de culto a los muertos sin
rostro, sin herida en el pecho, en el lenguaje.

El golpe se repite, el pueblo busca la otra
mitad. La vida abre su párpado y se preña,

diosa del fuego con senos de pedernal.
Lámpara delgada y silenciosa.

¿Se reunirán de nuevo en esta cárcel de sentimientos? Mañana, cuando pregunten su nombre, estará recordando las palabras.

v

CUANDO LLEGÓ EL OLVIDO de los árboles, me sentí el más pequeños de los hombres. El campo se cubrió de flores.

Un día me tocó el hombro un ala enorme, era un ave sin destino; se llenó mi cuerpo de un aleteo hermoso y mi piel respondió a la caricia. Desde entonces, ya no llega a la casa el sonido íngrimo de las campanas.

Anoche sentí su presencia como un silbido lejano que se perdía, anclado en mi piel remota, aún no ha muerto la mariposa de ojos oscuros y ya la calumnia se disipa.

La noche es alta, el sueño ausencia, en la sonrisa del lobo está el beso de la mandrágora.

El árbol crece, la cuerda del dolor toma su ritmo, la duda quedó del otro lado sin efecto, el sol niño abre los ojos, entiende el lenguaje.

No por ser menos hondo el corazón es menos, no por ser menos, es menos.

Me hace falta su forma humana pegada a las costillas, su mineral alimentando mi piel, la estrella prendida en su seno izquierdo, el amanecer de sus dientes blancos mordiendo mis antenas. La conocí como un nacimiento repentino.

VI

HOY ES UN DÍA DE SENTIMIENTOS, las flores brotan al final de la tarde, en ellas va la soledad.

En el silencio de las edades el viento era un consuelo, un recogimiento y no un reproche.

Bajo la lluvia de octubre, con el último aliento de la brisa que llega, se confundieron los años, la memoria, los tiempos.

Rotas las estaciones de la lluvia y el cautiverio, apareció Isla Mujeres, matriarcado del mar donde hacen su recorrido los transbordadores.

La arena se mete a tu pueblo a jugar con las olas, la mantarraya flecha a la muerte. Hoy,

esta tarde, he venido a consolarme en tu isla, mujer, a sentir la intimidad de la playa El Garrafón, guardadora de sexos.

Desear en otra vida tocar sus aguas, adivinar en ellas las huellas del pasado, nido de edades, senos de estrella.

La idea no estaba concebida, no era en ese momento, en la nave, el viento y el faro eran el mismo pájaro.

Entre las rocas, bajo la espuma de corralones de agua, copulan las tortugas con los ojos abiertos. Los corales llaman a las hembras del mar, apresuradas llegan a besar la soledad de estos versos.

En esta góndola de reencuentros a donde llegan las vibraciones del Caribe, la leche es verde y dulce.

Isla Mujeres, niña de los mares, cae la imagen de otoño, el tiempo se hizo lejos, lamento de una lágrima.

Amiga del tiempo cohabitada de cruceros. Hoy en un mar transparente de sentimientos, volví a ser niño, volví a jugar con la arena como lo hace tu pueblo.

Sexta parte

LAS AUSENCIAS DE UN LAÚD

I

NO SE MURIÓ DE FRÍO NI DE LLUVIA, se fue quedando triste en la caída.

No era la rosa de los vientos, la de los grandes horizontes, ni la rosa de Jericó que vuelve a la vida al ponerla en el agua, ella no sabía de eternidades.

Tenía ojos azules cuando sonreía en la intimidad de su barba de espuma.

Un día se encontró sola, fue como un faro apagándose cuando no pudo descubrir su suerte. En un instante hizo el viaje del que no se regresa. Aprendió a llorar y tú también te viste en el espejo de una lágrima.

Se parecía a un sueño, dolor nacido de una herida, un himno, así son los sueños de la muerte. Sigue jugando en el viento de las eternidades que no conocía, ahora es flor de invierno.

II

ES DIFÍCIL HACER LA CASA DE UN POEMA,
construirle una choza, una cabaña, no digamos
dedicarle una patria.

Otras veces de un plumazo se rescata un
océano para besar los pies de una sirena. Le
sacas del pecho a la noche un horizonte para
dormir un verso y coleccionas estrellas para
hacer un soneto, fósforo quemado en las
hamacas del hambre.

Lugar paradisíaco donde se divierten los
poderosos. Los de la esfinge rota no tenemos
una casa en el mar, una isla, un cenote sagrado
tras el cristal de la pupila. Recogemos lágrimas,
calentamos un poema en las noches de frío,
sobre la playa; un café de olla, fogón
encendido.

Preparar un incienso, tocar el dedo pequeño
de Dios. Nace un arco iris, la alianza del
hombre con su padre.

Parirle un hijo al poema, que salga
derechito, una novia, un pájaro. Tomar la
mitad de la selva, la nidada; guardar las garzas
solitarias, las grullas del pasado.

Lleva traición zurcirle un violín a un verso,
rompe el corazón. Afina uno la pluma y hace
una sinfonía.

Cuesta una muerte, nadie tiene los espacios de
luz regalados. El rostro de los niños llena el
jardín del mundo.

Hacerle un cementerio a un verso, un
huracán al atardecer, pasa la madre, extiende
la mano, se desprende un racimo de poemas.

Escribirle a un caracol, es distante el eco; más
lejano es robarle el beso a un poema o
acostarse con un verso. Cautivar a una virgen,
tenderse con ella en el alba y hacer el amor un
siglo.

La mujer del tamaño natural de un poema
es toda la escala musical de un verso.
En estos mares del Caribe son muchas leyendas
y no se puede escribir más que el silencio.

Hacerle una amante a un libro de versos,
una casa a un poema, un nido con fachada de
viento donde duerman un verso y una estrella,
¡qué difícil es hacerle un sueño a un poeta!

III

EN LA EDAD DE LA INOCENCIA naciste madre tierra, madre historia, madre estrella de Dios, madre vida.

Vi jugar a una niña con sus muñecas prometiendo un destino. En el estudio del idioma te hicieron tumba madre.

Hay una tempestad que huele a tierra, al final la delgada rosa cae, madre de continentes.

En el ojo del otro el color se va y tú te quedas como una estrella de lluvia en la retina de un venado.

Vi a un ángel en el camino mostrar su alma, vi el rostro antiguo de las cosas y a la madre de todos en el ojo pequeño de Dios.

Vi tu tormenta tierra, nostalgias, abismos y desiertos. Vi en su vientre el último milagro de los tiempos, sentí madre universo el capricho de las imposibilidades.

Naciste alma-carne, la vida prostituyó tu paraíso de inocencias, te abismaron en un sueño, rostro de oro, rosa caída en velos de virtud.

Vivir en la incomprensión de la palabra,
habitar un instante de eternidad. Madre de
Dios, madre de América, madre nuestra, no
abandone el dolor de este silencio.

Madre de lejano cementerio, madre lágrima,
golondrina de la Madre Mayor, Reina de
poetas, madre niña de ojos tristes, aquí están
estas rosas.

Septima parte

LA FRONTERA DEL SOL

I

NO ES LA FRONTERA de tres mil kilómetros, donde los yanquis se bebieron, en aguas del río Bravo, una parte del alma de México. Es un punto geográfico del sur, entre lagos, cayos, arrecifes y cenotes, donde el país eterno viaja hacia el mar.

Caribe, niño que sueña en el vuelo de los pájaros. Centroamérica, aliento de quebrantos, torbellino en la noche de los tiempos. Refugiados, hombres inciertos del retorno.

La otra frontera, río Hondo y un columpio de sueños, puente fraterno con Belice, donde la red recoge a niños de la guerra. Hace muchos días el engaño penetró en aquellas tierras.

II

EN LOS ESPACIOS DE Luz de Centroamérica, donde juegan los niños del Caribe, el ejército yanqui trasplantó soldados de estrellas rotas, hasta que el trópico estalle entre sus manos.

Mojarán sus pañuelos habitantes entre los cocotales, asustados. Hombres de infortunio

beben todos los días un poco de la sangre que olvidaron los muertos, hiel amarga, cántaros de acero en los sembrados, "Rambos" blancos de la frontera norte, mercenarios en tierras preciosas.

General de Norteamérica, perro tísico y paria, simios que ensayan a la muerte, en el jardín de la casa, sus nuevos instrumentos de guerra.

Ante la frontera del sol, entre caracoles de esperanza y estrellas que reflejan el verdadero universo, el Pentágono, asesino primogénito del mundo, ocupa su lugar en el juicio del hombre de este siglo.

III

HAY ESTADOS DEL ALMA que se parecen a una rosa, otros a un sueño; hay estados sencillamente vergonzantes, represivos.

El poeta, muy temprano, por la mañana de luces, cuando dejaron de telegrafiar las golondrinas, se puso a recoger un montón de lágrimas, de heridas.

Hay estados y hombres a la mitad del tiempo, donde se da el desencanto, el desamor, el olvido.

Lo que antes pudo ser un sueño resulta un sueño vergonzante.

Octava parte

BITÁCORA DE OLVIDO

I

ERAS EL ESPEJISMO DE UN SILENCIO, cayó la hora sobre tu vida, lloraste ayer toda la tarde para llenar un extraño vacío. No entendías por qué los cementerios estaban solos, las rosas tenían un color diferente, nadie te esperaba, las estrellas se te rompieron en el pecho.

Poema de estaciones, de ausencias, el viento presenta su rostro, amarillo como las tempestades.

El alivio toca la herida, crece la sangre en el ojo de un fósforo, escribes en la oscuridad algo semejante a la muerte. Nunca antes guardó en el alma tanta tristeza un poeta.

II

SE MURIÓ TU PERRO, lo enterraste con todos sus huesos en el jardín de la casa, junto a los cocoteros, como una intimidad de familia. Tus hijos abrieron los brazos para decirle adiós.

No le dolía la noche, no le dolía la vida ni los ojos, lo envenenaron para dejarlo descansar bajo la sombra de los árboles.

Cachorro dormía bajo tu cama, comía en tus piernas un poco de trigo como los pájaros. Sufría de frío, le dabas tu almohada, tus caramelos, le regalabas tu sueño para cuidarlo.

Era tierna su piel de alondra, sus ojos: entendimiento, amigo de la noche, de la vida, de la muerte.

¿A quién acariciarán tus hijos?, ¿quién saltará la cerca tras una perra en brama?, ¿quién será el centinela de la ciudad? Tu perro ha muerto, con él se ha ido un poco de tu da. Le silbabas por la noche hiriendo el viento, creías despertarlo soñando que algún ladrón entraría a robarte el corazón. Lo besabas en la boca cuando lo enjabonabas par bailar, lo querías tanto que no dormías pensando en él.

Tu amigo se ha marchado, está muerto, los zorzales le cantan todas las mañanas.

Novena parte

DELIRIOS

I

CERCA DE TRACIA, en el fondo del Peloponeso, en la Fócida, entre Lócrida y Beocia, al norte de Corinto el Oráculo de Delfos, habitantes de Haba, en la isla de Eubea y su capital Calquis, para el tiempo en Tesprocia, Éufrates y Tigris, Egipto, vivió una niña de ojos oscuros, por la que escribo este pensamiento, recordando el otro lado del mar, de donde se contempla la nostalgia del Coliseo y del monte Pincio.

Si la distancia entre la voz y el fuego se hubiera respetado, sería evitable la humillación histórica, y así la lengua de serpiente se perdería en el río oscuro, con el polvo y la sombra vieja del árbol de Etruria, entre el Amo y el Tíber, hasta llegar a la columna, sin tropezar con los Apeninos, el mar Tirreno y el río Magra, con sus hojas vueltas hacia Lidia y el mar Egeo, en el encuentro de Creso y sus arenas auríferas del Páctalo. Su triste relación con Ciro en Timbra y el resto de los persas.

Pandión, rey de Atenas, con su tragedia y el minotauro.

¿Quién trabajó la imagen del Asia Menor y la ciudad de Troya, donde nació la idea de la calumnia?

Después del siglo nueve de antes y del siglo octavo, las legiones romanas sacudieron la sombra de los árboles, marcando el siglo cuatro una nueva raza de sarcófagos y dinastías complejas en mortuorios de bronce, sin llegar a Tarquinia y otras necrópolis.

Hera, Afrodita y Apolo señalaron el camino de Tuscania.

Algún día se aclarará la duda en la distancia de la Élide, para llegar al fondo de Ebla y sorprender el reino oscuro de Siria, entre Mesopotamia y el infierno.

Cuando la noche se alcanzó a sí misma con una cortina de estío, el alma insepulta de la dolida humanidad volvió a su antiguo silencio, la sombra se estrelló en la boca y el cuerpo a la mitad del mundo volvió a lo mismo, extraño moribundo, reflejado en ese espacio horrendo y último de cada tiempo.

Cargando el ataúd en las alas, viejas alas de bambú pegadas al fango, apareció el lenguaje desfigurado en el talle de los ojos, como un

raptor de cicatrices compañeras del fuego de los siglos.

La niña de los ojos negros duerme en el destello de la vida, en la luz de los tiempos incomprensibles.

II

UN DÍA NACIÓ UN DIOS del tamaño de una golondrina, era como un viento, como una roca antigua, edad del pasado en el presente para irse nunca.

Madre tierra, madre sed, herida prematura.
Las madres de ayer y hoy no se mueren.

El farsante intenta flechar el ojo oscuro del sol. Hombre de selvas, de olvidos y abandonos, luz de luciérnaga que no se acaba en la auroras.

Es el farsante del espacio inmediato, el ojo-luz, el diletante.

III

EN EL MUNDO DE LAS FANTASÍAS había un delirante, no sufría como los enfermos de *delirium tremens*, no desviaba su mente en disparates; no era un perturbado mental de

calenturas. No tenía el delirio de la ambición, ni divagaba con el rencor de guerras antiguas; no tenía delirio de grandeza, no era un loco.

Su compulsión no venía por las pasiones del alma, ni era un delirante enamorado.

Este delirante buscaba la palabra perdida, la palabra humano y las palabras libertad, justicia, amistad, abuelo, padre, madre, hermano, compañero, hijo, nieto y la esencia de la palabra amor. Era un sencillo delirante del siglo veinte, entusiasmado todavía con las palabras pájaro, selva, flor, música, río, lluvia, fuego, color, viento,, sol, lágrima, ojo, con la estrella de una palabra; todavía dolido con las palabras herida, decepción, tierra, hembra, tumba, adiós.

Un simple hombre, un poeta el delirante.

IV

COMO UNA SOMBRA BLANCA te penetró el destino misterioso los ojos, el silencio cercó tus amarillas plantas, te adelgazó la tarde, un filtro de luz cautivó tus manos y el ruiseñor marino te cantó colores de sal.

Subes todos los días la escalera del tiempo, cerca de un parque abierto a la memoria, calles

pequeñas sufren tus recuerdos y una leve llovizna los recoge esta noche.

El beso tierno, transparente y lejano, viola el aura de tus dedos tristes y fríos, delgados como un arco iris. Tu boca ardió de insomnios y un aire de nostalgia en tus ojos de almendra acarició la piel de los nenúfares, buscando el canto del ruiseñor marino, el trigo que ya no recogiste del pico de pájaros furtivos.

Odalisca sin gorriones, perdida en tus íntimos silencios, horizonte cautivo de tristeza, esclava de ti misma, viajas en el tren del otoño como una mariposa sin alas. Así, descalza y tibia, con tu cuerpo de estrellas, luminoso y lejano como un recuerdo en la memoria de los almendros, aún te quiero.

v

PISCIS, INVOCACIÓN QUE SE VUELVE DESEO.
En el mundo de las sensaciones se da lo mágico, lo irrealizable, el fondo pervive en la intensidad del primer sentimiento; los dedos de tu mano tocan la corriente del río donde viajan las vibraciones del agua, los labios se humedecen buscando eternidades como un nido de sueños. En ese espacio soy cuando te veo Rosa de Oro.

La piel se inflama y tiembla todas las noches como un pájaro en la rama de la vida. Coral es el signo que sostiene los colores, rosa hembra, amor de oro.

VI

SALE TODOS LOS DIAS, por la mañana, a recoger en el jardín lunares nuevos para su rostro, niña que olvidaron los dioses.

La seguí creyendo que era la niña de ojos verdes, fue como seguir un suelo, iba con pies descalzos y la mirada triste, como un ramillete de flores frescas, en medio de la noche.

En sus dieciséis años de primavera, pienso en ella, no es una obsesión, es un principio de imagen poética, un fin que crece en su doncellidad.

Decirle a los pájaros un día que la novia que me gusta a ella se parece. Mujer de exuberante espiga, alguna diosa se retrató contigo.

A la orilla del mar tocaremos la guitarra del mundo, como dos caracoles, como anémonas marinas, en el océano, en la fiebre de arena cuando las olas aleteen el ocaso.

Cuando crezcas de vida, cada seno de ti encontrará un destino, un arrecife de agua. Habitaré la mitad de tu cuerpo como un árbol desnudo que dispara flores blancas. ícaros al amanecer desatarán tu pelo, crece la hierba, el día avanza, en tus muslos de agua sentirás un himno a la alegría y en la memoria, como un río de la tarde, ese especial espacio para nunca olvidarlo.

VII

CAYERON LOS INHÓSPITOS RAYOS SOLARES rompiendo espejos y rostros; la última vez se hundió en el viento, lloraba como una flor desconsolada, era bella en sus ojos verdes.

Eran grandes sus sufrimientos, como una estrella rota, no caída, recostada sobre el color del trigo, invocó a cantar de nuevo a los canarios, el día transcurría en un eclipse solar, su rostro iluminado de lágrimas y su cuerpo de diamante eran, a un tiempo, ángel dormido con sus pies de nácar escarchado.

Aquel beso solitario, el beso de antes, el beso antiguo que acarició sus ojos, la mitad de sus labios; beso de piel y cuerpo. El beso niño que

quiso ser hombre, enredadera de la vida,
ausente niña amada.

El río cruza por su ventana con su ola de
fuego, tras el cristal se ruboriza, enciende las
luces de la vida, cruza la media tarde como un
eco de recuerdos que alimenta esperanzas.

Se enardece en el futuro, sus muslos de ópalo
oyen el eco de las estaciones, el siglo pasa
lentamente como un sueño en su boca;
recostada en los pies se lleva la espiga dorada,
sus labios no se hundirán en el agua, el ciclo se
abre a la intensidad, el dios de esta tierra
doliente juega abrazándola.

Viviremos pegados al fuego, lejos del
recuerdo del beso sagrado de la salamandra.

VIII

AL AMIGO DE UN POETA lo enseñé a escribir
versos, le hizo uno a su mujer y lo mandó a
comer murciélagos. Cogió un millón de pesos
para beberse una cerveza.

IX

EL OTOÑO EN LA VENTANA, un rostro de
mujer, prisionero.

X

**ME ACOSTÉ CON EL SENTIMIENTO, anoche,
que era ella la esperanza, imagen perfecta. Se
cayó de la hamaca.**

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El Cóndor de los Andes, Víctima de sueños

I En la sombra de la vida

II El Illimani

III Ayer fue el fuego

SEGUNDA PARTE

Antología de Vientos

I En lo más apartado del desierto

II Lleno de sauces

III Era un tren de fuego

IV Tren de fuego

V El mar abrió sus conchas

VI Alguien ha venido a preguntar por sus ojos

VII Pomona se apareció

VIII A los poetas que murieron

IX La lucha es el único camino

X Alguien viene con su casa

XI Hablar de la discreta soledad

XII Dicen haberla visto

XIII El poeta en su tránsito

XIV Cómo le ha crecido el vientre a la tierra

XV Ya se va la tarde

XVI El espejo empezará

XVII El aparato estuvo descompuesto

XVIII Un día se libra

XIX Todos los días del mundo

XX Un ayer que e creía salvado

XXI Las mariposas posan inocentes

- XXII Quetzalcóatl**
XXIII Cuando se es otro
XXIV Para darle sentido a la palabra
XXV Pierna izquierda
XXVI Siempre habrá alguien
XXVII Dirán: esa ceniza
XXVIII La gente conoce la historia
XXIX Territorio del hambre
XXX Siete soles y un espejo
XXXI Cuando todos se reúnen
XXXII El petro blanco
XXXIII En la voz del dolor
XXXIV Poeta de la muerte
XXXV Muertos bajo tierra
XXXVI Puedes pasar por ahí
XXXVII No es el refugio una palabra
XXXVIII Recoger la muerte
XXXIX Un accidente donde no murió nadie
XL El pueblo donde el águila no existe
XLI Recoger trozos de ciudad
XLII Volver a lo mismo
XLIII Puñalada en el tiempo
XLIV Caminaba por la calle desierta
XLV Ciudad sin habitantes
XLVI Los vientos tomaron el camino
XLVII La flor hará su canto
XLVIII Aquí se construye un cosmos
XLIX Si la máscara dejara el luto
L Alguien aquí se dedica a llorar
LI Cuando vuelve el habitante
LII Laguna del Sena

- LIII** **Esta noche se han abastecido**
- LIV** **Es otra la historia**
- LV** **Dar la vuelta y encontrarse**
- LVI** **Un pueblo donde se ha dejado de creer**
- LVII** **De pie no es posible volver ayer**
- LVIII** **Las plantas duermen sobre el tacto**
- LIX** **La oscuridad no tiene espejos**
- LX** **El siglo se acaba**
- LXI** **Los ojos no reconocen**
- LXII** **Todos buscamos la gran avenida**
- LXIII** **¿Quién da la última forma a su cuerpo?**
- LXIV** **Nadie sabe el motivo**
- LXV** **Nadie vendrá a decir que ha muerto**
- LXVI** **En este poema de muertos**
- LXVII** **No se puede hablar del viento**
- LXVIII** **Guacerique**
- LXIX** **Ángel como demonio**
- LXX** **La soledad ahoga las raíces**
- LXXI** **Hacienda misteriosa**
- LXXII** **Cuando la lucha regresa**
- LXXIII** **Te quitaron la patria**
- LXXIV** **Inventar un instrumento**
- LXXV** **El sospechoso hace vaticinios**
- LXXVI** **¿Quién repartió tantos rencores en una
sola tarde**
- LXXVII** **Nacimiento de hojas**
- LXXVIII** **Camino de nieve**
- LXXIX** **No siempre el cuento viene del cuentero**
- LXXX** **Llegará la hora cuando el dolor toque
sus venas**
- LXXXI** **Unida en la raíz de un destino común**

- LXXXII** Es mucho lo ocurrido
LXXXIII El luto reflejó la luz del sol en la calle
LXXXIV El dios de la ternura
LXXXV Oyó trinar los zorzales
LXXXVI Paloma muerta de nieve
LXXXVII Cuando muera en España
LXXXVIII Amor en las venas hasta envenenarse
LXXXIX Otro camino largo hasta el Sena
- XC** Por extraña espiga devora el ojo
XCI Hacer vueltas a la tarde
XCII ¿Resucitó el hombre?
XCIII Mujer de flor marchita
XCIV Petrificada como una rosa
XCV Aprendió a recitar en vientre materno
XCVI Viene el descarrilado tren
XCVII Saber con qué zapato pisa un extranjero
XCVIII ¿De qué generación será la espada?
XCIX Cansado con todo vuelto al otro extremo
- C** Como una moneda sin fecha
CI La tarde, cortina de cristal
CII ¿De quién es la palabra?
CIII El siglo se reúne en la boca
CIV Camina al otro espejo
CV El día que le sacaron el corazón al hombre
- CVI** Caduceo en manos amplias
CVII Lo que alcanza nos toca
CVIII Rescatado del vientre
CIX Cada espiga de su alma
CX Espectro de alondra

- CXI El hombre tiene enigma**
CXII Cubierto de margaritas de cementerio
CXIII Los árboles hicieron su invierno
CXIV Se quedó quieto el viejo Tacaná

TERCERA PARTE

Donde no crece la hierba

- I ¿Quién se llevó la historia?**
II Cerca de los científicos del aire
III Bajo el signo del viento
IV La vida, nido de serpientes
V En la inocencia del mundo
VI La voz en la prisión
VII La vida es un sufrimiento real

CUARTA PARTE

Espejo de árboles

- I Es el ojo castigado del mar**
II ¿Dónde viven los purépechas?
III En el cerro inclinado
IV El rostro maya no se perderá
V Un día los pájaros de Dios
VI Tenía una flor

QUINTA PARTE

Arco de piedra

- I El ángel se perdió en los sueños**
II Querer a solas sin que nadie oiga
III No por ser menos alta la voz en menos fuerte
IV La ciudad amaneció cadáver

- V Cuando llegó el olvido**
VI Hoy es un día de sentimientos

SEXTA PARTE

Las ausencias de un laúd

- I No se murió de frío ni de lluvia**
II Es difícil hacer la casa de un poema
III En la edad de la inocencia

SÉPTIMA PARTE

La frontera del sol

- I No es la frontera**
II En los espacios de luz de Centroamérica
III Hay estados del alma

OCTAVA PARTE

Bitácora del olvido

- I Eras el espejismo de un silencio**
II Se murió tu perro

NOVENA PARTE

Delirios

- I Cerca de Tracia**
II Un día nació un dios
III En el mundo de las fantasías
IV Como una sombra blanca
V Pisais, invocación que se vuelve deseo
VI Sale todos los días
VII Cayeron los inhóspitos rayos solares
VIII Al amigo de un poeta
IX El otoño en la ventana

Son las cien de la tarde, del poeta mexicano Francisco Azuela, efectivamente tiene mucho de “Antología de los vientos”, pues en este deslumbrante libro se recogen varios de sus mejores trabajos poéticos, aunque también están incluidos trabajos inéditos. Es una “Constelación boreal” en la que, en un punto, la poesía y su forma humana se encuentran, coinciden en la denuncia del mismo dolor. La articulación de los escritos en que la conciencia subterránea no necesita ser descifrada para tratar de entender repentinas imágenes de una belleza y fuerza inusitadas deja paso al hombre que le reclama al título del libro su presencia para la vida. Hay un reencuentro, una conciencia de tiempos y destino. Porque el poeta se coloca junto al hombre es que se vuelve comprensible y, lo más importante, verdadero.

La piedad por el hombre, la denuncia de los sufrimientos, es una constatación permanente: el desgaste de la piedra por el viento, el del hombre por el tiempo. A pesar del azul, de las conchas de mar, del verde y del agua, existe un predominio soterrado de la aridez, del desamparo: hormigas, esqueletos, cóndores, montañas, fuego; una extraordinaria comparecencia de elementos que se pudren o se secan, o simplemente mueren, y siempre el

viento como un elemento purificador, devolviéndolo a su origen. La palabra, la palabra luz, el verbo que hizo al hombre sobrevolará el mundo cuando éste ya no exista. Es en esta fe que se revela la auténtica motivación del escritor: lo que para otros es locura, intento vano de atrapar los signos y descifrar las identidades, empezando por la suya propia, es para Azuela la única realidad posible. La desazón, la desesperanza nacen de este intento inagotable.

Ediciones La Rana
Instituto de la Cultura del Estado de Guanajuato